

La lucha por la educación de las elites: campo y canales formativos

POR JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

Las universidades donde se forman los elegidos reproducen bajo un velo meritocrático el privilegio de los *herederos*, al tiempo que ofrecen un canal meritocrático a las personas que logran superar las barreras selectivas y luego, premunidas de un certificado prestigioso, abrirse paso hacia la cima de la sociedad.

José Joaquín Brunner. Doctor en sociología. Director de la Cátedra Unesco de Políticas Comparadas de Educación Superior de la Universidad Diego Portales. Autor, entre otros libros, de *Educación superior en Chile: instituciones, mercados y políticas gubernamentales (1967-2007)* y *Educación en internet: ¿la próxima revolución?*

Obligadas a experimentar el derecho del más numeroso, las clases que se llamaban a sí mismas clases elevadas sólo podían conservar la hegemonía política invocando el derecho del más capaz. Era preciso que, tras las murallas crujientes de sus prerrogativas y de la tradición, el cauce de la democracia chocara con la segunda barrera hecha de méritos restallantes y útiles, de superioridades cuyo prestigio se imponía, de capacidades de las que no se podía prescindir sin incurrir en la locura.

—E. BOUTMY, *Quelques idées sur la création d'une faculté libre d'enseignement supérieur*, 1871 (citado en Charle, 1990: 59).

La pregunta que explora este ensayo es la siguiente: ¿cómo se transforma la función formativa de elites –minorías selectas y rectoras, según las llama la Real Academia Española– una vez que la educación superior se masifica y las universidades, como sucede en Chile, diversifican sus misiones, cuerpos académicos, programas de estudios y estudiantes? En otras palabras: ¿qué cambios experimenta el campo formativo de las elites bajo la presión de los números? Y las propias elites, ¿cómo evolucionan a medida que la sociedad comienza a hacer un uso cada vez más intenso del conocimiento en diversas esferas de la economía, la sociedad y la cultura? En estas condiciones, ¿dónde y cómo se reproducen las elites y a qué dinámicas de circulación y renovación se hallan sujetas? ¿Qué relación existe entre los fenómenos de movilidad social y la movilidad en los grupos de elite? ¿Y cuál papel juegan las universidades – tradicionales y nuevas, públicas y privadas, metropolitanas y regionales, confesionales y laicas– en el campo formativo de las elites chilenas?

Desde el comienzo, redes de poder

Ya a fines de la Edad Media, las gentes del saber¹ –y los *graduati*, que entre ellos

ocupaban una posición prominente– se situaban claramente al lado de las elites² sociales y políticas. Tal posición en las redes del poder y la influencia se debía principalmente al hecho de que los conocimientos y las habilidades de los *graduati* eran cada vez más valorados, en un momento en que la Iglesia se transformaba progresivamente en una monarquía administrativa centralizada, nacían los Estados laicos modernos, se producían variados progresos culturales y, en general, aumentaba la complejidad de la economía y la sociedad (Verger, 1999: 145 y 203). Los propios universitarios, maestros doctores, ingresan en los grupos sociales que viven de rentas de tipo feudal, señorial o capitalista, escribe Le Goff (1986: 117). En cuanto al origen social de los alumnos de educación superior, si bien difícil de establecer con algún grado de certeza prosopográfica, era variado si se atiende uno a los estudiosos de su historia. Estaba compuesto, en su núcleo, por hombres jóvenes (casi exclusivamente) provenientes de la nobleza media y alta – dicho anacrónicamente, los *herederos* de Bourdieu y Passeron (2009)–, los cuales sin embargo, se afirma, no alcanzaban –por ejemplo, en la Universidad de París– a más de un 10% de la matrícula total. Un 25% adicional eran hijos de funcionarios, en tanto que la mayoría eran hijos de comerciantes, artesanos y campesinos acomodados.³ Los pobres, en tanto, estaban excluidos de la institución. Recuérdese que en Padua, a comienzos del siglo XV, no había más que un estudiante pobre por facultad, a pesar de que la Iglesia había proclamado la gratuidad de la enseñanza en el tercer Concilio de Letrán de 1179 (Le Goff, 1986: 116, 97).

¿Qué unifica a esos hombres del saber, provenientes de variada cuna y ancestro, nacidos en diferentes lugares y naciones, formados inicialmente en hogares con disímiles dotaciones de capital económico, social y cultural?

En un medio dominado por la cultura oral y el analfabetismo, los unía ante todo el haber cursado varios años de educación elemental, adquirido las competencias necesarias para ser admitidos en una escuela superior y, lo más importante, haber tenido luego la experiencia de participar en un *studium generale* en Bolonia o París, en Oxford o Salamanca, o en una de las 66 universidades creadas en Europa entre comienzos del siglo XIII y el año 1500 (Janin, 2008: 167).⁴ Dicho en otras palabras, en la universidad desembocaban los variados itinerarios formativos de quienes más tarde se incorporarían al estrato de los *graduati*, para ser formados allí en una común cultura del conocimiento –el *trivium* y el *quadrivium*– y recibir la correspondiente certificación, sea mediante el grado más bajo, el de bachiller otorgado por la facultad de artes, o un grado más exigente, obtenido en una de las facultades superiores (de derecho canónico o civil, medicina o teología).

En suma, la universidad los transforma en hombres del libro; adquieren el lenguaje culto de la época y crean una solidaridad de grupo, un sentido de cuerpo. Comparten una experiencia que no sólo amplía sus horizontes cognitivos y los dota de destrezas que favorecen su empleabilidad, sino que les permite, al mismo tiempo, ampliar y enriquecer su capital social, el que más adelante podrán usar como una plataforma de contactos y redes para incorporarse a los cenáculos eclesiásticos y cortesanos y a la administración del Estado; para vender sus servicios como hacían los abogados de Bolonia y los médicos de Salerno o Padua; para encontrar pareja e iniciar un matrimonio beneficioso o para constituirse ellos mismos –los hombres del saber– en una elite cultural erudita. En efecto, sus actividades como portadores de un conocimiento especializado los ponen en contacto con las altas esferas de la Iglesia y la administración estatal, los dos pilares de

la sociedad tardomedieval; el poder espiritual que ordena a los hombres hacia Dios y el secular que los disciplina en función del monarca, su señor. Es en este campo de poder y en los ámbitos de sus nacientes burocracias (cancillerías, cortes, consejos, parlamentos, oficios y oficinas, secretarías, tribunales, cámaras de cuentas, órganos de inspección, etc.) que cumplen sus labores intelectuales-profesionales como ministros, obispos, secretarios de consejos, letrados, escribas, *literati*, consejeros, diplomáticos, jueces, auditores. Siempre próximos, por tanto, a los círculos que toman las decisiones, decisiones que ellos orientan cuando no las inducen y justifican. Entreverados en los laberintos del poder, forman parte de las redes del control político y espiritual; legitiman la voluntad papal, del poder imperial, real o local, y participan en los consejos y concilios a través de los cuales la autoridad secular y de la Iglesia iba elaborando su visión de mundo y sus proyectos de dominación y transformación. Los ejemplos concretos de este tipo de actividades recogidos por la historia son múltiples. Basten aquí dos testimonios sobre la amplitud de la influencia de los *graduati*. De acuerdo con Verger, solamente el monarquismo tradicional, el que estaba desapareciendo, escapó al control de los graduados en las funciones dirigentes (Verger, 1999: 169). Según Le Goff, a fines de la Edad Media las universidades se habían convertido en potencias políticas de primer orden y se preparaban para incorporarse en las estructuras nacionales de los Estados (Le Goff, 1986: 132), de las cuales llegarían a formar parte plenamente en el siglo XIX. Ya dijimos que por medio de esta acción continua en las esferas superiores, en contacto y al servicio de las elites políticas y sociales –y sirviéndose también de ellas–, los propios hombres del saber van erigiéndose, ellos mismos, en una elite intelectual. Su base de reproducción se

1. *Gelehrten*, letrados, *literati*, hombres ilustrados (muy escasas mujeres), quienes manejaban el conocimiento superior de la época o cultura erudita (siglos XIV y XV).

2. Círculos de gentes situadas en la cúspide de un campo estratégico de actividad –económico, político-administrativo, estatal, eclesiástico (sobre todo eclesiástico en aquella época), cultural, militar, social en sentido cortesano, etc.–, dotadas, como colectivos, de la máxima concentración posible de recursos de poder e influencia en su campo y del reconocimiento debido a las posiciones claves ocupadas en dichos campos y a sus ocupantes.

3. Véase Verger, 1999: 248. Para un análisis detallado de los diversos tipos de estudiantes en las universidades medievales puede consultarse Schwinges, 1992: cap. 7. Para mayores detalles sobre la carrera de los graduados, ver Moraw, 1992.

4. Según Janin, puede estimarse que durante la Edad Media unos 750 mil estudiantes asistieron a las universidades; la cifra más confiable es para Alemania entre los años 1348 y 1505, correspondiendo a 200 mil estudiantes universitarios.

halla en las principales universidades de la época. Y sus ámbitos propios de acción son variados.

Primero que todo, la educación en general y la educación superior en particular y, por tanto, la producción, gestión, transmisión y diseminación del conocimiento erudito.

Segundo, la elaboración, justificación y crítica de concepciones de mundo e ideologías, en estrecha vinculación, o a veces en mortal oposición, a los dos poderes principales: el sacerdocio y el imperio.

Tercero, la alta administración eclesiástica y del Estado, la que irá desplazándose en importancia de una a otra a medida que progresa la secularización, hasta alcanzar su apoteosis con la identificación entre la clase universitaria y el Estado prusiano en la época humboldtiana, a inicios del siglo XIX.

Cuarto, los procesos del poder, la política, la administración y las orientaciones culturales de la sociedad (y de las demás elites) donde intervienen en calidad de expertos, especialistas en conocimiento y arbitradores de asuntos controvertidos.

Quinto, el trabajo remunerado, pues aunque los universitarios se sienten espiritualmente comprometidos con la regla de la Iglesia de que las ciencias no han de ser fuente de lucro (*Scientia donum Dei est, unde vendi non potest*: la ciencia es un don de Dios que no puede ser vendido),⁵ cuando dejan de ser monjes –comenzando por connotados juristas de Bolonia y médicos de Salerno, Montpellier y Padua, pero también filósofos de la Universidad de París–, hombres prácticos al fin, dirá Le Goff, deben poner sus habilidades y conocimiento especializado en el mercado, sea de la educación o de los servicios profesionales privados, adquiriendo por esta vía una incipiente autonomía respecto de las ocupaciones y prebendas eclesiásticas y de los cargos y funciones oficiales. Los incentivos económicos y la psicología de las vanidades entran así tempranamente

también en el registro motivacional de los académicos. Al lado de su vocación pública, espíritu altruista y compromiso con el carácter no lucrativo de los bienes educacionales y de conocimiento, los universitarios se ven llevados a reconocer, según confiesa Abelardo, que no son ajenos al afán de recompensas materiales y simbólicas (*pecunie et laudis cupiditas*: dinero y deseo de elogios, escribe Abelardo)⁶ ni se mueven sólo por amor a la verdad y a Eloísa. De este modo, a poco andar por la historia, la universidad queda entrelazada con las elites de la sociedad en una compleja relación de hogar formativo (*alma mater*) de una parte de sus miembros; como acompañante, a veces sirviente y a veces consejera del príncipe; y como crítica, en ocasiones implacable, del *statu quo* y el *establishment* –las demás elites y la clase dominante–, a la vez que como agente de funciones claves en la esfera de las culturas eruditas, los lenguajes disciplinarios y el conocimiento experto, convirtiéndose los propios universitarios en una elite del conocimiento junto a las demás elites.

Formación de elites en tiempos de masas

Similares funciones desempeñan también las universidades modernas, a lo menos algunas de ellas, en las sociedades más desarrolladas (Williams y Filippakou, 2010: 6).⁷ Cuando decimos universidades modernas nos referimos, simplificando: i) a aquellas que se desarrollan de acuerdo al modelo humboldtiano de una institución de investigación, y ii) a aquellas otras instituciones que conforme al modelo napoleónico se dedican principalmente a entrenar el personal profesional y técnico de la sociedad. Todo esto en unas sociedades que a partir del siglo XIX y a lo largo del siglo XX se transforman en lo que H. Perkin (2006: 1996) llama *sociedades profesionales*. Éstas se caracterizarían por elevar los niveles de bienestar para el conjunto de las



5. Citado en Verger, 1999: 117.

6. Citado en Rüegg, 1992: 10.

7. La hipótesis de estos autores –basada en una lectura cuidadosa de M. Trow– es similar a la que se explora aquí. Sostienen ellos, en efecto, que “en la práctica la educación superior masiva consiste en una serie de círculos concéntricos con una alta concentración formativa de elites en el núcleo y una decreciente densidad a medida que se llega al círculo situado más afuera. Esto contrasta con un sistema donde la formación de elites está esparcida aleatoriamente entre todas las instituciones educacionales” (Williams y Filippakou, 2010: 6). Nuestra diferencia más marcada con este planteamiento radica en que no asumimos la metáfora de los círculos concéntricos y el supuesto subyacente, cual es, que un número importante de instituciones universitarias dentro del sistema interviene –en variable grado– en la formación de las elites. Más bien, nuestra hipótesis es que sólo un número siempre extraordinariamente limitado de universidades compone el campo formativo de las elites.

masas; localizar a la mayor parte de la fuerza de trabajo en la industria de servicios; sustituir a las clases sociales por las jerarquías profesionales; reclutar al personal para éstas mediante procedimientos meritocráticos que alimentan la movilidad social ascendente; incorporar a este movimiento a las mujeres, emancipándolas aunque sea limitadamente; ampliar fuertemente las funciones del gobierno, incluyendo los beneficios del Estado de bienestar, junto con dilatar también el concepto de ciudadanía; expandir la educación superior en orden a producir el necesario capital humano para la sociedad profesional; dar lugar a las grandes corporaciones y a la globalización de los mercados (Perkin, 1996: 8-20).

Según muestra Jarausch (2004: 374), durante el tránsito del siglo XIX al XX se produce un importante crecimiento de las principales profesiones: en Inglaterra, de 127 mil a 191 mil personas certificadas entre 1876 y 1906; en Francia, de 83 mil a 121 mil entre 1876 y 1906; en Alemania, de 63 mil (31 mil en Prusia) en 1852 a 335 mil en 1923; en Rusia, de 133 mil a 233 mil entre 1897 y 1926. Hoy día, en estos mismos países, las personas entre 25 y 64 años con educación superior alcanzan, respectivamente, 37%, 29%, 26% y 54%. En promedio, en los países de la OCDE esta cifra llega a un 30% (OECD, 2011: 40).

Detrás de la enorme expansión experimentada por la sociedad profesional –o sociedad del conocimiento experto– encontramos lo que Trow (2010: 513-553) describe y examina como un proceso de masificación y universalización de la educación superior, estadios que se alcanzarían cuando la tasa bruta de participación en este nivel de estudios supera un 30% y un 50%, respectivamente. En estas condiciones, no es posible ya que el conjunto de los sistemas nacionales –y todas sus instituciones– se hagan cargo de formar y entrenar a las minorías selectas y

rectoras de la sociedad. Sólo una minoría de instituciones, situadas en la cúspide de los sistemas, las más selectivas y prestigiosas, asume dicho rol, mientras la mayoría cumple la tarea de preparar a las masas y adaptarlas a las nuevas exigencias del mundo laboral, proporcionándoles oportunidades de aprendizaje a lo largo de la vida.

Es decir, la desaparición –por rebasamiento– de la educación superior de elite no significa que la función formativa de estas minorías desaparezca, igual como no desaparecen las elites con el advenimiento de la democracia de masas.

¿En qué consiste esa función formativa?

Básicamente en la selección y el reclutamiento del personal llamado a ocupar las posiciones de elite y en la socialización de las orientaciones culturales, los rasgos de personalidad, los hábitos, los conocimientos y las destrezas prácticas que hacen posible el ejercicio exitoso de las mismas. Todo esto, empleando los medios apropiados para dotar a dichos procesos de selección, socialización y futura ocupación de posiciones de elite de la debida legitimidad de acuerdo a los valores y pautas culturales (más o menos meritocráticos) prevalecientes en la sociedad (Brennan y Naidoo, 2008). Como bien señalan estos autores, las universidades contemporáneas cumplen ante todo una función de elevación generalizada del capital humano de la población, introduciendo el uso de credenciales como medio de empleo, de señalización de estatus y de movilidad social. Bajo determinadas condiciones, agregan, esta movilidad permite acceder a posiciones de elite, particularmente allí donde el reclutamiento para estas posiciones se ha separado de su base de clase. Luego, la educación masiva y el credencialismo no son incompatibles con la función formativa de elites, incluso bajo

modalidades que favorecen a los *herederos* (Brennan y Naidoo, 2008: 281-291). Como sea, aquí importa tener presente tres cosas. Primero, las elites de destino de las trayectorias formativas que nos ocupan en esta parte pueden ser tan variadas como proclama el enfoque del pluralismo de las elites (Keller, 1963) y como de hecho ocurre en las sociedades capitalistas democráticas contemporáneas: elites económicas, de la alta dirección del Estado, políticas (partidarias, parlamentarias), profesionales, culturales, militares, eclesiásticas, etc. Segundo, la formación de elites no necesita ser (y suele no ser) una función misionalmente declarada por las instituciones. Más bien opera como una consecuencia directa, silenciosa, casi natural, de la posición ocupada por algunas de ellas en la cúspide de la jerarquía de los sistemas de educación superior de masas; en particular por el reclutamiento altamente selectivo de estudiantes que ellas realizan y por las redes socioculturales y de poder e influencia dentro de las cuales se desenvuelven. Tercero, la alta presión selectiva de las instituciones formadoras de elite no reduce de manera automática el campo de reclutamiento a los *herederos*, quienes de cualquier manera, en su mayoría, tienen asegurado el acceso a instituciones de este tipo, sino que sirve además como filtro meritocrático para reclutar nuevos hombres y mujeres que alimenten la circulación (micro, interna) de aquellos grupos. Dicho en términos de la sociología contemporánea, los procesos de circulación de las elites resultan tanto de procesos de movilidad patrocinada (*sponsored mobility*) como de movilidad disputada (*contest mobility*). Y para ello los países disponen –dentro de sus sistemas nacionales de educación superior– de un núcleo institucional que proporciona la plataforma para la tarea formativa de las elites.

Veamos algunos casos ilustrativos.

Casos nacionales: la estrecha entrada hacia las élites

En Inglaterra, por ejemplo, hay un pequeño círculo de instituciones educacionales –de enseñanza escolar y universitaria– que abren las puertas hacia las élites estratégicas. Abajo, doscientos *public schools*, en realidad colegios privados de nivel secundario que admiten a estudiantes del *establishment* y cobran aranceles que sólo una minoría puede pagar, pertenecientes a la Headmaster’s Conference (HMC). Arriba, dos universidades de elite, Oxford y Cambridge. El 72% de los presidentes de las 200 compañías británicas más grandes proviene de 20 de aquellos colegios “públicos”, los más distinguidos, y el 40% obtuvo su grado académico en una de las dos universidades mencionadas. Una cuota significativa de las personas con esta trayectoria educacional posee, además, un encumbrado origen social. En otras palabras, el capital familiar, económico y cultural sirve aquí de base para un reclutamiento elitista que se legitima meritocráticamente a través de la selección académica (Hartmann, 2004: 66-70).

En Francia, en tanto, las *grandes écoles* cumplen una función similar: actúan como porteras a cargo de controlar el acceso hacia las posiciones superiores de los grupos de elite en distintos campos de actividad (École Nationale d’Administration, ENA; École Polytechnique; Hautes Études Commerciales, HEC; y Écoles Normales Supérieures, ENS). Son escuelas universitarias altamente selectivas, cuyos alumnos provienen en su mayoría de los estratos altos y medio-altos de la sociedad. A diferencia del sistema británico, sin embargo, aquí los estudiantes no pagan aranceles, salvo en HEC, una institución privada. Los graduados de estas escuelas ocupan las principales posiciones del sector corporativo y la administración estatal (y transitan entre uno y otro). Dos tercios de las mayores cien empresas francesas son

dirigidas por graduados de la ENA, la École Polytechnique y la HEC (Hartmann, 2004: 61-66). A su vez, como muestra Bourdieu (1996) en *La nobleza de Estado*, “el análisis de los centros de elite que preparan a los (futuros) miembros de la clase dirigente lleva directamente al corazón de los mecanismos de reproducción de su dominio” (Wacquant, 2005: 161). De hecho, un informe de la OCDE del año 1968 señalaba que las *grandes écoles* disimulaban, bajo una definición académica de sus funciones, “su función real como instrumento para perpetuar la ventaja cultural en medio de las clases privilegiadas y reclutar a una elite administrativa en nombre de las clases dirigentes”.⁸

En Estados Unidos, las universidades privadas comúnmente conocidas como del Ivy League desempeñan la función de guardianes del acceso por vía educacional a las posiciones de elite. Estas ocho universidades –Brown, Columbia, Cornell, Dartmouth, Harvard, Penn, Princeton y Yale– tienen una tasa de aceptación de postulantes de pregrado que fluctúa entre 6% y 18%; reciben exclusivamente alumnos pertenecientes al percentil 90 de su respectivo curso de la enseñanza secundaria y cobraron entre 49 mil y 57 mil dólares en *tuition, room, board and fees* el año 2011.⁹ Luego, el capital económico de la familia de los estudiantes juega aquí un papel tan importante como su previa trayectoria escolar (comúnmente en alguno de los colegios privados de mayor prestigio), fundiéndose ambos elementos a la hora de los exámenes selectivos de admisión a las universidades de más alta reputación. La lógica de estos procesos ha sido claramente expuesta por Karabel en su magnífico estudio *Los elegidos*, referido a las denominadas *three bigs* de la Ivy League (Princeton, Yale y Harvard). Consistiría en el reclutamiento de los hijos de la elite tradicional, la incorporación de los miembros más talentosos de los grupos



8. Citado en Perkin, 1996: 79.

9. Ver www.theivycoach.com/the-ivy-coach-blog/the-rankings/ivy-league-tuition-costs.

sociales emergentes e inclusión de un número suficiente de hijos de los sectores desaventajados para mantener la legitimidad del sistema (Karabel, 2005: 546). A su turno, los graduados de estas tres universidades integran un segmento significativo de las elites económicas y gubernamentales. Por ejemplo, un estudio de mediados de los años 1980 muestra que, desde el año 1900, de los 134 secretarios miembros del gabinete más próximo al presidente de Estados Unidos (secretarios de Defensa, de Estado, del Tesoro y de Justicia), un tercio proviene precisamente de este trío de instituciones.

Japón es otro caso interesante. Similar a Francia en cuanto a la función desempeñada por un pequeño número de instituciones educacionales como agentes reguladores del acceso a las posiciones superiores de la política, la administración y la economía corporativa, muestra sin embargo una concentración todavía mayor. *Today*, la Universidad Imperial de Tokio, ocupa efectivamente un lugar preeminente entre las instituciones más selectivas, que incluyen a la universidad estatal *Kyodai*, la universidad pública *Hitotsubashi* y las universidades privadas *Keio* y *Waseda*. A su vez, de manera parecida a Inglaterra, el acceso a estas instituciones de elite supone una trayectoria escolar previa exigente, la cual comienza con la elección del correcto *kindergarten* y más adelante obliga a ser admitido en alguna de las mejores escuelas secundarias, usualmente privadas y caras, mientras que las familias con suficiente ingreso pagan adicionalmente tutorías privadas para sus hijos. Sólo un 0,2 por mil de los graduados de secundaria ingresan a la *Today*, pero entre los egresados de estas mejores escuelas, un 50%. En el nivel superior, si bien el costo de los aranceles en las universidades privadas es alto (mientras las universidades estatales cobran poco), la barrera principal no es económica sino de selección social. La educación obtenida en

alguna de estas universidades de elite abre las puertas hacia las ocupaciones y posiciones más valoradas. Entre los parlamentarios de la cámara baja, por ejemplo, un 26% provenía de familias de ex diputados y, en su mayoría, de familias de clase alta o media-alta. Los graduados de la *Today*, cuyo estudiantado no pasa de cinco por mil del total de matriculados en las universidades japonesas, dominan en los negocios, la política y la administración (Hartmann, 2004: 75-78). Por su lado, en la última parte del siglo XX, la burocracia superior de los principales ministerios se hallaba dominada por graduados de la Universidad de Tokio, que ocupaban allí un 62% de los cargos superiores y un 89% en el caso del poderoso Ministerio de Hacienda, el más prestigioso de todos (Ono, 2000: 10).

Por último, una breve mirada al caso de México. Según el completo estudio de Camp (2002), las elites del poder en este país tienen orígenes sociales variados. Es fuertemente de clase pudiente entre capitalistas (60%), clerecía (38%) y, en menor medida, entre intelectuales (16%), políticos (6%) y militares (2%). En cambio, el origen mesocrático predomina entre políticos e intelectuales, donde alcanza a un 70%; es del 62% entre militares, y se sitúa en torno a un tercio en el caso de capitalistas y eclesiásticos. Entre estos últimos dos grupos de la elite, alrededor de un tercio de sus miembros proviene de la clase trabajadora.

Ahora bien, ¿cuánta cohesión tienen las elites mexicanas en el plano formativo? Aquí la investigación de Camp identifica tres canales educacionales distintos: dos nacionales –uno público, el otro privado– y uno compuesto por un pequeño número de universidades de Estados Unidos.

En el canal público destacan dos instituciones: la Escuela Nacional Preparatoria (ENP)¹⁰ y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ambas con un reclutamiento mayoritariamente mesocrático y unas

culturas marcadas por el laicismo y la deliberación política. La UNAM ha formado a tres de cada diez miembros de las elites del poder en México, influyendo simultáneamente en tres sectores de ella: político, intelectual y capitalista. Podría decirse que en esto se parece a la *Today* en Japón. Dentro de la UNAM, las facultades influyentes para efectos de la formación de elites han sido las de derecho, economía, filosofía y letras. También pertenecen al canal público las instituciones formativas de los oficiales del Ejército, el Heroico Colegio Militar, la Escuela Superior de Guerra y el Colegio de Defensa Nacional.

El canal privado se compone fundamentalmente del Instituto Tecnológico de Monterrey (ITESM), el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), la Universidad Iberoamericana, de los jesuitas, y el Colegio de México, una institución académica financiada con fondos públicos.

En general, la composición social de los estudiantes de estas instituciones es marcadamente burguesa; su ambiente socializador y formativo es muy distinto a aquel de las instituciones del canal público. Básicamente educan a miembros de la elite capitalista y, desde la apertura democrática del régimen político, también a un segmento de la elite política. Pertenecen asimismo a este canal las instancias formativas de la elite eclesiástica de la Iglesia católica, como los seminarios (Camp, 2002: cap. 6).

Finalmente, Camp muestra que existe también un potente canal educacional extranjero, compuesto básicamente por un núcleo de universidades e instituciones formativas de Estados Unidos, donde se ha formado un 53% de los miembros de la elite militar, un 50% de la elite capitalista, un 32% de la intelectual y un 29% de la política. En estos dos últimos casos hay un 17% y un 15% adicionales que han tenido una experiencia formativa en países de Europa.

En el caso de la elite clerical, un 72% se ha formado en Europa y un 7% en Estados Unidos (Camp, 2002: cap. 7).

En breve, estos casos nacionales –y la literatura comparativa– muestran lo siguiente: que un rasgo común de la educación superior de elites en sistemas de provisión masiva es la existencia de un núcleo central de instituciones académicas, de distinta naturaleza y trayectoria, que operan como centros de reclutamiento de elites estratégicas en la respectiva sociedad. Estas instituciones pueden ser predominantemente público-estatales, como en Francia; públicas dotadas de un alto grado de autonomía, financiadas por la renta nacional y gestionadas como corporaciones ad hoc, como han sido tradicionalmente las universidades del eje *oxbridge* en Inglaterra; público-estatales y privadas, como sucede en Japón y México, o predominantemente privadas, como las universidades del Ivy League en Estados Unidos.

Habitualmente se trata de universidades que hoy se llaman altamente complejas, aunque en Francia este núcleo está conformado por cuatro *grandes écoles*, externas al sistema universitario propiamente, y en México se suman al canal privado instituciones puramente docentes y no de investigación. La mayoría son instituciones antiguas y de larga trayectoria: las más antiguas en sus respectivos contextos en Inglaterra y Estados Unidos; antiguas y modernas en Japón y México; posrevolucionarias, napoleónicas y por ende modernas en Francia.

Naturalmente, éstas son las instituciones más prestigiosas en cada uno de los países, precisamente por su alto grado de selectividad académica y social, su carácter de *alma mater* de importantes segmentos de las varias elites nacionales (y recientemente también de las elites globales de analistas simbólicos, como los denomina Reich, las cuales comparten una cultura cosmopolita

y suelen comunicarse más fácilmente entre sí que con las respectivas poblaciones locales)¹¹ y por el lugar que ocupan en el vértice de los sistemas nacionales de educación superior.

Por todo esto, y porque los *graduati* de estas universidades pasan a formar parte de los círculos altos e intermedios de las elites claves de la sociedad, ellas se mantienen hoy –igual como ocurría en la Edad Media– claramente al lado de las elites. Incluso cuando las critican y toman distancia de ellas, las necesitan y alimentan. Tal como en el siglo XV, se hallan resueltamente al servicio de la reproducción de las elites al mismo tiempo que las renuevan con elementos surgidos de los grupos sociales emergentes, dejando al resto de las instituciones del sistema las funciones de masificación y universalización de la educación superior.

Luego, si en la actualidad algunas universidades ocupan un lugar prominente en el campo formativo de las elites, ello se debe al hecho que sirven como base de reproducción legítima para aquéllas y como base de reclutamiento legítimo de hombres y mujeres (ahora sí) para su renovación.¹²

El hecho que esta dimensión elitista de los sistemas nacionales de educación superior y de algunas universidades dentro de ellos –las más prestigiosas, justamente por su inserción en las redes del poder– no aparezca destacada en la literatura especializada se debe a un complejo democrático; una resistencia, por tanto, a identificar y estudiar las instituciones y mecanismos de producción y reproducción elitista en medio de la democracia de masas que aspira al reconocimiento de las igualdades, la universalización del acceso a todos los niveles educacionales, un Estado de bienestar y el consumo masivo. A esto se agrega la ideología propia de los cuerpos académicos y de sus elites administrativo-intelectuales de negar sus funciones de poder, intereses corporativos, posición

10. La Escuela Nacional Preparatoria se proclama una institución que desde su origen posee carácter público y opera como modelo educativo de la enseñanza media superior, respondiendo a los retos y demandas de la sociedad en su conjunto. Forma parte del sistema educativo mexicano y es uno de los dos sistemas de bachillerato de la UNAM. A la ENP asisten actualmente, en sus nueve planteles, cerca de 48 mil alumnos y 2.400 profesores.

11. Ver Reich, 1992, y Meyer, Ramírez, Frank y Schofer, 2006: 26-27.

12. Renovación se usa aquí tanto para el fenómeno de reemplazo de elites en el plano macro, como asimismo para el ámbito micro, interno, de reemplazo de personal dentro del grupo, ya sea por factores de renovación demográfica o por cambios provocados por la lucha de posiciones entre incumbentes y contendientes dentro del espacio social de una elite dada.

como elites y motivaciones *abelardianas* (fama y dinero), encubriéndolas tras la retórica del *amor sciendi*, la vocación de servicio público, el compromiso con la verdad, la autonomía de las funciones intelectuales y la consagración a una vida de reflexión crítica.

Plataforma de provisión y selección

Premunidos de estos conceptos y revisión de casos nacionales –tardo medievales y modernos– podemos preguntarnos ahora cómo operan los fenómenos de formación de elites en las actuales circunstancias de la educación superior chilena. De entrada, sabemos que ésta se caracteriza en Chile por i) poseer una plataforma numerosa y variada de instituciones proveedoras de enseñanza terciaria que conforman un sistema diferenciado, heterogéneo y diverso; ii) poseer una participación masiva que se manifiesta en una tasa bruta de escolarización superior a un 50% de la respectiva cohorte de edad; iii) emplear para la admisión de nuevos alumnos universitarios una prueba de selección a nivel nacional, consistente en un examen de conocimientos y habilidades administrado al final de la enseñanza secundaria, en función de cuyos resultados (combinado con las notas de la educación media) se organiza la elección de los postulantes y la aceptación de ellos por parte de las universidades; iv) exigir, de parte de todos los estudiantes admitidos, el pago de una cuota de inscripción y un arancel de matrícula semestral o anual, pudiendo el estudiante efectuar el pago directamente o mediante una beca y/o un crédito subsidiado por el Estado; y v) graduar a los que completan un programa de estudio conducente a un título técnico o profesional, pudiendo este último tener como requisito previo la obtención del grado de licenciado, proceso que en el caso de las carreras universitarias (CINE 5A) se completa normalmente en seis y medio

años (Rolando, Salamanca y Rubilar, 2010: 8) con la recepción del correspondiente título habilitante para el ejercicio de la profesión. Chile cuenta en la actualidad con 177 instituciones de educación superior, de las cuales 60 son universidades, 44 institutos profesionales (IP) y 73 centros de formación técnica (CFT). Dentro del universo de universidades hay una diversidad de instituciones. Según su estatuto jurídico y modalidad de financiamiento, existen 15 universidades estatales, 9 universidades privadas con subsidio directo del Estado y 36 universidades privadas sin ese subsidio. La mayoría de las universidades tiene su sede principal en Santiago, en la Región Metropolitana, mientras las demás –principalmente de carácter estatal– se hallan ubicadas en regiones. Cada institución posee su propia definición de misión y proyecto de desarrollo, tiene un diferente tamaño y decide cuántos y cuáles programas conducentes a grados y títulos ofrecer, en qué áreas del saber, mediante qué modalidades pedagógicas y a qué precio.

Además, las universidades poseen trayectorias muy diversas. Solamente hay dos universidades creadas en el siglo XIX, a las cuales luego se agregan seis fundadas durante el siglo XX con anterioridad al año 1980. Estas ocho instituciones (dos estatales y seis privadas con subsidio directo del Estado) suelen denominarse *tradicionales*. Con posterioridad a 1980 se crean dos tipos adicionales de universidades. Por un lado, mediante la fusión de sedes regionales de las dos universidades estatales tradicionales se crean 14 nuevas universidades estatales, y, a partir de las sedes regionales de la Pontificia Universidad Católica (antigua universidad privada subsidiada por el Estado), se crean tres nuevas universidades católicas que reciben aporte fiscal directo. El conjunto de las universidades mencionadas –esto es, las ocho tradicionales, las 14 estatales y las tres

católicas nuevas– integran el Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas (CRUCH). Por su lado, a partir del año 1980 se crean nuevas universidades privadas sin subsidio fiscal directo, de las cuales en este momento existen 36, todas las cuales, menos una, gozan de plena autonomía legal. Sólo una se halla bajo supervisión y aún en proceso de licenciamiento.

Otras diferencias claves entre las instituciones universitarias son i) la composición socioeconómica de sus estudiantes; ii) sus niveles de selectividad académica; iii) el desarrollo relativo de los programas de posgrado, en particular de doctorado, y iv) la diferente intensidad de investigación de cada una, medida por la cantidad de publicaciones científicas y técnicas registradas anualmente. Esta plataforma institucional acoge el año 2011 a cerca de un millón de estudiantes, de los cuales 602 mil (61%) asisten a universidades; el 45,7% de ellos a las universidades pertenecientes al CRUCH (estatales y privadas subsidiadas) y el 54,3% a universidades privadas sin subsidio estatal. En el total de la población estudiantil de nivel terciario, los diferentes estratos socioeconómicos se encuentran representados desigualmente. Así, la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) del año 2009 da cuenta de tasas de participación de los distintos quintiles de ingreso del hogar que fluctúan entre 23% y 68%: 22,7% para el quintil 1; 29,1% para el quintil 2; 34,3% para el quintil 3; 45,6% para el quintil 4 y 67,8% para el quintil 5.¹³

La selección para el ingreso a la educación terciaria opera según criterios socio-académicos que son bien conocidos en la literatura especializada. A las instituciones de educación superior situadas en la base del sistema –representado esquemáticamente como una pirámide selectiva– pueden ingresar todos aquellos que están en posesión de una licencia de

enseñanza media y en condiciones de pagar la correspondiente tasa de inscripción y arancel de matrícula o de obtener un crédito para el efecto. En este sentido puede decirse que la capacidad de pago es, en última instancia, requisito necesario y suficiente para ingresar a la educación superior, pero únicamente a aquellas instituciones, incluidas universidades, que no aplican forma alguna de reclutamiento selectivo. Por el contrario, los demás alumnos –aquellos que desean ejercer una preferencia para ingresar a un programa de estudio de su elección en una universidad determinada, o no están en condiciones de pagar directamente el costo de dichos estudios– deben reunir un puntaje mínimo en la PSU para i) postular a los programas de su elección, y/o ii) obtener una beca y/o un crédito subsidiado que les permita pagar el costo de los estudios.

En estas circunstancias, los procesos de ingreso a las universidades chilenas operan según una doble lógica de selección académica y económico-social, la que se lleva a cabo según el *efecto de fila y cascada* descrito por Winston (2000). Esquemáticamente funciona así: los postulantes se distribuyen en una fila de mérito académico descendente ordenados según el puntaje obtenido en el examen de selección para el ingreso a la universidad y sus notas de la enseñanza media. Dado que dichos puntajes se hallan correlacionados con las dotaciones de capital económico, social y cultural de los hogares de origen de los postulantes, y con las trayectorias escolares de capitalización académica (Contreras, Corbalán y Redondo, 2007), la fila de mérito académico es, al mismo tiempo (aunque no un calco exacto), una fila que refleja la posición ocupada por el postulante en la estratificación socioeconómica. Frente a la fila de los postulantes corre en paralelo una fila de universidades encabezada por aquellas de mayor reputación, cuyos programas reciben

a los jóvenes con los más altos puntajes en la PSU (es decir, pueden elegir ellas a sus alumnos), seguidas descendientemente por las demás universidades en una escala jerárquica de selectividad/reputación, hasta llegar a la base de la pirámide donde la fila se cierra con la o las instituciones que no están en condiciones de ejercer ningún grado de selectividad y no poseen por lo mismo la posibilidad de elegir a sus estudiantes.

La dinámica del acceso consiste en el apareamiento entre los postulantes ubicados en la punta de su fila y los programas preferidos de las universidades punteras en la suya, hasta que la primera agota sus vacantes, pasándose luego sucesivamente a la segunda, tercera y siguientes universidades en la cascada, hasta llegar a la última cuyas vacantes no tienen requisito alguno de selectividad académica sino sólo una condición de pago del correspondiente arancel. Sólo si allí, en la base de la pirámide, no hay vacantes disponibles para los alumnos que aún permanecen en la fila, estos quedan momentáneamente sin poder matricularse. Por el contrario, si el último postulante de la fila es aceptado mientras aún existen vacantes sin llenar, entonces éstas permanecen sin ocuparse. A su vez, todas las instituciones cobran aranceles, los que en el caso de las universidades tienen en 2011 un valor promedio de alrededor de 5.254 dólares (Índices, 2012).¹⁴ Hay quienes estiman que, comparativamente a nivel internacional, los aranceles chilenos serían los más altos del mundo en relación con el ingreso por habitante (Meller, 2011). Este cálculo no considera, sin embargo, la incidencia que tiene la carga tributaria soportada por las diferentes poblaciones nacionales –individuos, empresas y actividades– y la disponibilidad de esquemas de ayuda estudiantil. De cualquier forma, el gasto anual por estudiante equivale en Chile a un 47% del ingreso per cápita, mientras que el promedio de los países de la OCDE es de



13. Mideplan, Encuesta CASEN 2009, datos corregidos en la fuente oficial. Disponible en www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen/Estadisticas/educacion.html.

14. El valor promedio del arancel anual 2011 para alumnos de universidades estatales es de \$2.272.029; en universidades privadas subsidiadas por el Estado, \$2.714.397, y en universidades privadas sin subsidio de \$2.584.096 (tipo de cambio promedio entre enero y noviembre de 2011: \$480,3; fuente: www.sii.cl/pagina/valores/dolar/dolar2011.htm).

un 41%. En términos absolutos, expresado en dólares del mismo poder adquisitivo, el gasto anual por estudiante representa en Chile la mitad (49,8%) del gasto promedio de los países de la OCDE.

Desde el punto de vista que aquí interesa, el cobro de aranceles opera como un mecanismo que, combinado con las reglas de ingreso y el nivel de selectividad de cada universidad, permite a éstas delimitar un ámbito académico-social de reclutamiento. Equivale a regular el acceso mediante una exigencia de capitales (económico, social y cultural) que la persona debe poseer para ingresar a un determinado programa de estudios en una determinada comunidad institucional.

Durante la última década (2000 a 2009), el sistema chileno en su conjunto graduó un total de alrededor de 751 mil profesionales y técnicos superiores. Medio millón corresponde a graduados universitarios, con un incremento durante el período desde 33 mil graduados en 2000 a 83 mil graduados en 2009 (SIES, 2011). La atracción por los estudios superiores –particularmente universitarios– es económica en primer lugar, pues el respectivo título conlleva un alto retorno privado: en términos salariales, 2,6 veces superior en promedio al de una persona con educación media científico-humanística, que en el caso de los títulos universitarios llega a 3,9 veces. Estas cifras son más altas que las de los países de la OCDE, donde oscilan entre 1,2 veces en Nueva Zelanda y 2,1 veces en Hungría.

Élites chilenas: trayectorias formativas

Pues bien, ¿cómo responde el sistema chileno de educación superior a la necesidad de formar personal que pueda engrosar y renovar las posiciones de las diferentes elites en los campos estratégicos de la economía, la sociedad, la cultura y la política? La respuesta no es distinta a la de aquellos otros países cuyos sistemas se hallan igualmente –o todavía más–

avanzados en los procesos de masificación y universalización. Y es ésta: mediante la especialización de un subconjunto de instituciones cuyos programas de pregrado se caracterizan por tener los niveles más altos de selectividad académico-social, con lo cual se aseguran por un lado un reclutamiento en apariencia exigentemente meritocrático (en relación al conjunto del sistema), sin dejar de lado la formación de los *herederos* (Bourdieu y Passeron, 2009). Es decir, instituciones que cumplen simultáneamente la función de reproducir el “privilegio cultural”,¹⁵ al mismo tiempo que preparan *graduati*, quienes, por sus redes familiares, trayectorias escolares y capital académico, están en condiciones de convertirse en los nuevos hombres y mujeres del saber y ocupar posiciones altas e intermedias en los círculos de elite de los campos estatal, político, empresarial, de las profesiones, de la cultura, eclesiástico, y de los medios de comunicación, las letras y el arte. De hecho, si nos atenemos a los escasos estudios existentes en Chile sobre elites, la elite política es la que más llama la atención de los investigadores, aunque hay también algunos estudios más comprensivos.

Santa Cruz y Guzmán (2008), por ejemplo, aplicaron una encuesta a personas pertenecientes a las elites política, económica y cultural, incluyendo en el primer grupo a presidentes de la República, ministros de Estado, senadores y presidentes de las principales colectividades políticas; en el segundo a directores y gerentes generales de las 40 empresas incluida en el Índice de Precio Selectivo de Acciones (IPSA), junto con los principales dirigentes de los gremios empresariales, y en la elite cultural a personal profesional y académico representado por las directivas de los colegios de abogados, de ingenieros y de médicos, junto con los rectores y decanos de la Universidad de Chile (UCH) y de la Pontificia Universidad Católica de Chile

(PUC), y los rectores de las principales universidades privadas (identificadas en este estudio como las universidades Diego Portales, Gabriela Mistral, del Desarrollo, Andrés Bello y Adolfo Ibáñez).

Respecto de su nivel educacional, 97% de los encuestados declara haber asistido a la universidad, siendo las instituciones más mencionadas la PUC (49%) y la UCH (36%); sólo un 3% declara no haber asistido a la universidad. Dentro de las carreras predominantes entre los encuestados están derecho, ingeniería comercial e ingeniería civil. Las mujeres, a diferencia de los hombres, han tenido como vehículo educacional también otras carreras tales como periodismo y psicología. Un aspecto adicional que merece destacarse es el porcentaje de individuos de la elite con estudios de posgrado (41,1%), correspondiente a programas de doctorado (12%), magíster (21%) y otros diplomas superiores (8%). En el caso de las mujeres, el porcentaje con estudios de postgrado es diez puntos porcentuales menos que el de los hombres.

El año 2004, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicó un estudio de la elite chilena, entendida como aquella minoría de actores sociales que cuentan con las mayores cuotas de poder, lo cual les permite ejercer altas funciones de conducción y diferenciarse del resto de la población. Con este propósito fueron entrevistados 222 personas provenientes de los ámbitos del poder económico, político, simbólico (intelectual-cultural) y social. Un 65% de los entrevistados declaró pertenecer a una familia paterna de nivel socioeconómico alto, 31% de nivel medio y 4% de nivel bajo. La mayoría tiene título universitario (46%) o estudios de posgrado (46%).¹⁶ Respecto del canal formativo de nivel escolar, un 39% de los entrevistados concurre a un colegio privado pagado (pero un 65% de sus hijos lo hace), un 23% a un colegio público de elite

(sólo 4% de los hijos), un 19% a un colegio privado subvencionado (25% de los hijos), un 11% a un colegio público (1% de los hijos), y un 8% a otros tipos de colegio como seminarios, escuela militar o colegio extranjero (1% de los hijos). En cuanto a la formación profesional, un 24% cursó ingeniería comercial, un 20% ingeniería civil, un 18% derecho y un 7% periodismo/publicidad. En el ámbito económico predominan más fuertemente los ingenieros; en el político los abogados, y existe mayor diversidad en el de los poderes simbólico y social (PNUD, 2004: 178-181).

Un elemento adicional de interés que se desprende de este estudio es el hecho que, mientras en una encuesta nacional sólo un 6% de los encuestados responde que las universidades son una de las instituciones con más poder en Chile, en el círculo de las elites en cambio, según el estudio del PNUD, ellas aparecen jugando no un rol directo de poder, sino un rol de vínculo e interconexión entre diversas entidades que detentan poder. En efecto, los centros de investigación tipo *think tank* y las universidades aparecen mencionadas en el primer lugar como importantes nodos de contactos, por delante de otras categorías como asesores económicos y legales de alto nivel, bancos, senadores de la República y otros (PNUD, 2004: 198-202).

Las elites nacionales del poder

Dentro del campo de estudio de las elites locales recibe especial atención la elite política, donde aparecen varios grupos entrelazados: por un lado el personal superior de la administración del Estado (gobierno y parlamento) y, por el otro, grupos tecno-políticos que incluyen a “cúpulas partidarias, empresariado privado, profesionales directivos de la empresa privada, instancias de asesoría empresarial en el campo legal, económico y comunicacional, y, finalmente, consultoras y *think tanks* de apoyo

estratégico al Estado (ejecutivo y parlamento)” (Delamaza, 2011: 85).

Al igual que pudo observarse en otras experiencias nacionales, la elite gobernante-tecnocrática chilena ha sido socializada principalmente en dos universidades: la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica de Chile, además de haber cursado estudios de posgrado, generalmente en Estados Unidos. La mayoría de sus miembros son abogados y economistas (Joignant, 2011: 62-63). Por su parte, Aguilera y Fuentes analizan el universo de expertos que participó en las comisiones presidenciales del gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010) y concluyen que entre ellos “tienden a predominar quienes pertenecen a universidades, en particular a las dos universidades principales del país”, cuestión, agregan, que no debiese sorprender debido al “peso social e histórico de tales instituciones de educación superior” (Aguilera y Fuentes, 2011: 140). Sin embargo, previenen, su influencia no viene del hecho de ser parte de una de estas instituciones. “Más bien se trata de la combinación de capital social y capital cultural: *expertise*, capacidades personales, prestigio ganado, sensibilidades partidarias, redes preexistentes y afiliación institucional” (Aguilera y Fuentes, 2011: 149). La mayoría de estos expertos proviene del área de la economía, seguida por las humanidades y las ciencias sociales. La mayoría completó estudios de posgrado en Estados Unidos y Europa (Silva, 2011).

También un estudio en profundidad de Espinoza sobre las características de los diputados chilenos durante el período 1990-2005 establece que la educación universitaria aparece claramente sobrerrepresentada entre los diputados. “Mientras un 87% de los diputados tiene educación universitaria completa (y la cuarta parte de ellos posgrados), en Chile menos del 15% de la población posee educación universitaria completa. En otras



15. “Los estudiantes más favorecidos deben a su medio de origen no solamente hábitos, entrenamientos y actitudes que les sirven directamente en sus tareas académicas; heredan también saberes y un saber-hacer, gustos y un ‘buen gusto’ cuya rentabilidad académica, aun siendo indirecta, no por eso resulta menos evidente” (Bourdieu y Passeron, 2009: 32).

16. No se publican las instituciones en que los entrevistados cursaron sus estudios universitarios y de posgrado.

palabras, entre los diputados hay más de seis veces graduados universitarios que en la población general” (Espinoza, 2010: 13). Entre los diputados con educación universitaria, un 60% proviene de las universidades de Chile y Pontificia Católica de Chile. En cuanto a las universidades de regiones, el autor destaca la disminución experimentada por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, institución que pasa de nueve a ningún parlamentario durante el período considerado. En contraste, la Universidad de Concepción mantiene una presencia constante con alrededor de un 10% de los parlamentarios en todos los ejercicios. Finalmente, subraya el incremento en este ámbito de la participación de las universidades privadas, la que pasa de 3% en 1994 a 12% en 2006. Según Espinoza, “se aprecia una creciente homogeneización en el origen social de los parlamentarios. Se trata de una minoría con alta escolaridad [cuyos miembros] provienen crecientemente de colegios privados católicos y han cursado sus estudios superiores en las mayores universidades de Santiago” (Espinoza, 2010: 13).

Respecto de las élites empresariales y corporativas, en tanto, se ha observado que, desde el punto de vista educacional, no sólo ha venido deteriorándose la influencia de los colegios públicos, fenómeno ya comentado más arriba, sino que se ha ido produciendo además una concentración de su formación en no más de diez colegios, los cuales, sin embargo, cambian a lo largo del tiempo, mientras se notaría una mayor dispersión en los canales de socialización y educativos de las nuevas generaciones (Aguilar, 2011: 229).

En suma, los diferentes estudios revisados apuntan, en general, a una élite nacional que es predominantemente masculina, metropolitana, de clase alta y media-alta y cuyos miembros poseen –en todos los ámbitos estratégicos– niveles más elevados

de educación (universitaria y de posgrado). En estas circunstancias puede decirse que la universidad juega en Chile un rol crecientemente importante como formadora de grupos de elite en los diversos ámbitos civiles: político, tecno-burocrático, empresarial-corporativo, cultural-intelectual, religioso, académico, científico-técnico. En efecto, forma el personal destinado a ocupar posiciones claves – posiciones vinculadas a la gestión del conocimiento avanzado, en sentido lato– al cual selecciona social y académicamente, aunque la selección social aparece en gran medida como selección técnica. Según constatan Bourdieu y Passeron, las clases privilegiadas, al delegar de manera cada vez más completa el poder de selección en las instituciones académicas, como ocurre en las sociedades profesionales, aparecen dispuestas a delegar en una autoridad perfectamente neutral el poder de transmitir poder de una generación a la siguiente, y de esta manera dispuestas asimismo a renunciar al privilegio arbitrario de la transmisión hereditaria de privilegios (Bourdieu y Passeron, 1977: 167). Dicho en otras palabras, las universidades donde se forman los elegidos (“muchos son llamados, pero pocos son elegidos”) reproducen bajo un velo meritocrático el privilegio de los *herederos*, junto con ofrecer, al mismo tiempo, un canal meritocrático a las personas que logran superar las barreras selectivas y luego, premunidas de un certificado prestigioso, abrirse paso hacia la cima de la sociedad.

Dos canales con culturas formativas contrastantes

¿Cuáles son las universidades chilenas que cumplen la función de conservación –transmisión hereditaria del estatus de elite– a la vez que alimentan la renovación de estos grupos y su circulación?

Según ya hemos visto, son –primero que todo– la Universidad de Chile y la Pontificia

Universidad Católica de Chile, las dos instituciones universitarias más antiguas y con la más extensa trayectoria en la sociedad chilena, al punto de haber creado en torno de sí los dos principales canales de socialización y formación de la elite gobernante durante el siglo XX.

Según muestra un estudio sobre esta elite que abarca el período 1925-1999, estas dos universidades titularon respectivamente a un 37,2% y un 11,8%, respectivamente, del total de altos cargos del Estado (presidentes de la República, ministros de Estado y parlamentarios) cuya trayectoria universitaria fue posible pesquisar (Gazmuri, 2001: 14). Algo parecido sucede con la composición educacional de la elite tecnoburocrática, como tuvimos oportunidad de ver (Joignant y Guell, 2011); con la elite empresarial-corporativa en su segmento más intensamente profesionalizado y, según la información disponible, también en el caso de las cúpulas de las principales profesiones (derecho, medicina, ingeniería comercial, ingeniería civil y las demás profesiones estratégicas dentro de la elite nacional). No es ajeno a este impacto el hecho de que se trata de las dos instituciones académicamente más selectivas del país; las dos principales fuentes de generación de conocimiento avanzado con que cuenta Chile; las dos instituciones universitarias más reputadas nacionalmente, y también las dos con mayor proyección internacional. Si bien es cierto que los canales formativos proporcionados por ambas universidades conducen a posiciones similarmente apetecidas en la cúspide y zonas altas de la elite en diferentes ámbitos, hay rasgos que los diferencian nítidamente.

Primero, *rasgos de trayectoria*. Luego de que la Universidad de Chile ejerciera en la práctica una suerte de monopolio sobre el control educacional para el acceso a posiciones de elite durante buena parte del siglo XX, a partir de los años sesenta, cuando, sintomáticamente, se elige al primer

presidente formado en la Universidad Católica de Chile –Eduardo Frei Montalva (1960-1970)–, esta última comienza una trayectoria ascendente en el campo educacional de la elite, disputando al inicio el monopolio de la UCH hasta llegar, más adelante, a compartirlo. Según señala Gazmuri (2001: 7-9), resulta interesante constatar que en las últimas cuatro décadas la PUC ha dado lugar sucesivamente a tres núcleos de influencia en las esferas de la elite dirigente, especialmente en sus segmentos tecno-políticos: el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), a fines de los años 1960 y comienzos de los setenta; los llamados *Chicago boys*, durante los años 1970 y 1980, y los gremialistas, luego convertidos en el partido Unión Demócrata Independiente (UDI), a lo largo del periodo de la dictadura y hasta hoy. Como sea, estas dos instituciones cuentan hoy con las redes sociales más vastas y densas en variados sectores de la sociedad chilena, especialmente en los círculos de elite, lo cual les facilita una suerte de integración horizontal de actividades con las elites y un cómodo desplazamiento por los laberintos del poder.¹⁷

Segundo, *rasgos culturales*. Efectivamente, ambas universidades, más allá de sus características académico-institucionales propias, de sus modalidades de financiamiento y gobierno, y de sus vínculos peculiares con el Estado y la sociedad (Bernasconi, 2011), conforman dos culturas organizacionales contrastantes y, por eso, dos canales distintivos de socialización.

Históricamente, el contraste ideológico más marcado puede resumirse, de un lado, por laicismo, positivismo, republicanismo, estado docente y profesionalismo y, del otro, por confesionalismo, trascendentalismo, aristocratismo y distinción social.¹⁸ Más allá del esquematismo de estas percepciones –que parece tornarse aparentemente menos

17. El prolongado conflicto educacional (de mayo a diciembre de 2011) permitió comprobar el amplio acceso a redes del poder político que poseen las autoridades de ambas universidades y la variedad de recursos de poder con que cuentan, los cuales sirven para promover intereses corporativos, hacer valer reivindicaciones y difundir posturas ideológicas.

18. Para las raíces históricas de estos dos canales ver Vial, 1981 y Serrano, 1994.

marcado a partir de los procesos de reforma universitaria del año 1967, especialmente en el caso de la PUC en virtud de su modernización y secularización académica (Brunner, 1985)–, éste se mantiene vigente en el trasfondo de las respectivas culturas institucionales.

Con todo, elementos esenciales de esta oposición de matrices perduran, a pesar de las transformaciones impuestas por el cambio del entorno en que ambas se desenvuelven. Todavía la UCH ostenta una cultura esencialmente mesocrática, laica y profesionalizante, que celebra el estatus adquirido por una trayectoria de aprendizaje y el esfuerzo individual, mientras que la PUC exhibe una cultura de la distinción a la Bourdieu (2003), que aspira a un sentido trascendente, a una forma socialmente refinada de educación, a una formación de la persona completa, a una visión misional de la vida.¹⁹ Algo hay en el trasfondo de esta oposición del contraste weberiano entre la educación especializada (el racionalismo del experto) y la formación del hombre cultivado (que a fin de cuenta siempre mira hacia la administración por ‘notables’) (Weber, 1978: 998-1005).²⁰

Tercero, *rasgos de movilidad social*. Aquí la distinción cabe entenderla según la clásica dicotomía de Turner (1961) entre modalidades patrocinada y disputada de movilidad social (*sponsored and contest mobility*). En el caso de la primera modalidad, se necesita el patrocinio de un miembro ya establecido del círculo de elite para ser aceptado e ingresar. Se basa en un proceso controlado de selección. Uno es llamado a una posición; se le asigna un estatus desde arriba. Los incumbentes dominan el juego. Reconocen la virtud del aspirante y lo eligen. En cambio, en el caso de la movilidad por competencia o disputada, el contendiente llega a ocupar la posición anhelada por su propio mérito y esfuerzo. Existen reglas del juego, una cancha que se supone pareja y ascenso

debido al merecimiento personal examinado objetivamente.

Desde el punto de vista educacional, si bien en la actualidad todas las universidades que aspiran a un grado medio-alto y alto de selectividad fijan condiciones de admisión y seleccionan a sus alumnos, lo hacen de diferentes maneras según si las instituciones tienen una cultura de movilidad patrocinada y de adscripción de estatus o una de movilidad por competición y de estatus adquirido. El propio concepto de educación cambia en una y otra de estas culturas, según sugiere Turner. Mientras bajo condiciones de movilidad competitiva el objetivo sería entrenar a los más posibles en las destrezas propias del estatus de elite, de manera de dar a cada quien la oportunidad de competir por las posiciones superiores, en el caso de la movilidad patrocinada el objeto es socializar en la cultura de la elite solamente a aquellos aspirantes (*herederos*) de los cuales se presume que ingresarán a esta minoría selecta, sin arriesgar la formación de jóvenes iracundos que poseyendo las destrezas características de la elite luego, sin embargo, no tienen acceso a ella (Turner, 1961: 131-132). Puede predicarse entonces que la PUC y la UCH poseen, respectivamente, la primera una cultura del patrocinio y, la segunda, una de competición o, si se quiere, en la práctica, que cada una mezcla, en distinto grado y de distinta forma, elementos de patrocinio y competición.

Cuarto, *rasgos de integración alternativa a la cultura de elite*. Desde el punto de vista sustantivo, de la socialización, organización curricular, modalidades pedagógicas y desarrollo de la personalidad y concepciones de mundo, las dos culturas de movilidad y estatus esbozadas en los párrafos anteriores a la manera de tipos ideales dan lugar también a modalidades diversas de integración cultural. Más próxima a la solidaridad moral

19. Según escribe Bourdieu, “a capital escolar equivalente, las diferencias de origen social (cuyos efectos se expresan ya en las diferencias de capital escolar) están asociadas a unas diferencias importantes. Diferencias tanto más importantes y visibles –salvo en los niveles escolares más elevados en los que el efecto de superselección tiende a neutralizar las diferencias de trayectoria– toda vez que se requiera, en primer lugar, menos unas habilidades precisas y estrictamente controlables y más una especie de familiaridad con la cultura y, en segundo lugar, que esas habilidades se alejen de los universos más ‘académicos’, más clásicos, para aventurarse hacia regiones menos legítimas, más ‘arriesgadas’, de la cultura llamada ‘libre’ –no enseñada en la escuela aunque tenga un valor reconocido en el mercado escolar–, que puede, en ocasiones, tener un rendimiento simbólico alto y procurar un importante beneficio de distinción” (Bourdieu, 2002: 61).

20. “Una persona ‘cultivada’ en este sentido representaba el ideal educacional inculcado por la estructura de dominación y las condiciones de inclusión en el estrato gobernante de la sociedad en cuestión. La cualificación de este estrato reposaba sobre la posesión de ese *plus* de calidad cultural (en el sentido variable y neutral con que aquí se emplea), antes que en un *plus* de conocimiento experto” (Weber, 1978: 1001).

21. Para estas cifras y los datos que siguen consultar Apéndice 1.

22. Tramos socioeconómicos contruidos sobre la base de agrupar en tres niveles (cada uno de cuatro tramos) los 12 tramos de ingreso que reporta el DEMRE sobre la base de declaraciones de los estudiantes que rinden la PSU entre los años 2002 y 2010, matriculados en alguna universidad en 2010 según datos del Ministerio de Educación. Datos facilitados por Aequalis.

23. *Ibidant*.

durkheimiana, la cultura de estatus preferentemente adscrito de la PUC, y a la solidaridad mecánica o propia de la división del trabajo, la cultura de estatus preferentemente adquirido de la UCH. Mientras la primera supone un orden moral de la cultura y una cultura ordenada jerárquicamente, la segunda reconoce la pluralidad de contenidos morales de la cultura y una cultura organizada deliberativamente. Aquélla supone representaciones comunes, valores (de clase y religiosos) compartidos, un *habitus* heredado a través del canal familiar que se expresa en maneras de comportarse, de valorar y enjuiciar, de decir y saber, en fin, de relacionarse con la cultura. Esta otra, en cambio, apela a la diferenciación funcional de roles como base de integración socio-cultural; de allí también el culto rendido a la educación, la profesionalización y su afinidad electiva con la cultura de los grupos meso y meritocráticos, cuyo principal capital es un conocimiento experto, especializado, y no una cultura de la distinción social (Brunner, 2011: 76-80).

Quinto, *rasgos diferenciales de resultados o productos*. Dentro del total de graduados de la educación universitaria chilena, las dos universidades más selectivas del país dan cuenta –en partes semejantes– de alrededor de un 10% del total de los profesionales y técnicos superiores que anualmente egresan de estas casas de estudio. Dentro de este pequeño universo de *graduati* se encuentran las minorías selectas que el día de mañana entrarán a reproducir, engrosar y renovar las élites estratégicas en diversos ámbitos civiles de la sociedad.

Se halla compuesto este universo por las generaciones de jóvenes que obtienen los mejores puntajes promedio en la Prueba de Selección Universitaria (PSU): 697 puntos en el caso de la PUC y 691 puntos en el de la UCH.²¹

Se trata de jóvenes cuya trayectoria escolar revela la cuna familiar. En el caso de la PUC, dos tercios de los nuevos alumnos

que ingresan a esta universidad provienen de colegios secundarios privados pagados, que en total reúnen apenas un 6,9 del total de la matrícula nacional de enseñanza media. Y un 21% proviene de escuelas privadas subvencionadas. Los colegios público-municipales (usualmente de elite) aportan apenas un 13% de alumnos. Según las cifras de ingreso familiar reportados por las y los jóvenes al momento de rendir la PSU, del total de quienes ingresaron a la PUC el año 2010, un 30% pertenece a los tramos socioeconómicos altos, un 33% a los medios y un 38% a los bajos.²²

La composición socio-escolar de los alumnos de la UCH es igualmente selectiva en términos académicos, pero diferente en cuanto a la combinación de trayectorias escolares: algo más de un tercio de los alumnos nuevos proviene de colegios particulares pagados, alrededor de un tercio de colegios privados subvencionados y algo menos de un tercio (28%) de colegios municipales. Según origen socioeconómico, un 16% proviene de los tramos altos, un 26% de los tramos medios y un 58% de los tramos bajos.²³

Estas cifras ratifican lo dicho más arriba respecto de las diferentes culturas de movilidad y estatus de estas dos universidades. Una vez ingresados los *graduati* en el mercado laboral, donde el aporte cuantitativo y cualitativo de nuestras dos universidades de elite es esencial, ellos pasan a formar parte del núcleo más dinámico y altamente capacitado del capital humano profesional y técnico superior del país, como podría confirmar cualquiera oficina de *head hunters*, gerencia de recursos humanos de las principales empresas del país o la Alta Dirección Pública.

Una fracción de estos graduados irá incorporándose a lo largo de su vida a las posiciones superiores y medio-altas de los diversos círculos de la elite, con matices de diferenciación entre ambos canales sobre los

que sólo cabe especular. Por lo pronto, sabemos que los graduados de estas dos universidades proporcionan el grueso del personal directivo del Estado, en los poderes ejecutivo, legislativo y, seguramente, también judicial. Según el estudio antes citado de Gazmuri (2001), sobre el total de personas que ocuparon altos cargos públicos (presidentes de la República, ministros de Estado y parlamentarios) durante el período 1925-1999, la gran mayoría de los presidentes egresó de la UCH (13 en total, de los cuales ocho provienen de su Escuela de Derecho), dos de la Escuela Militar y uno de la PUC. En el caso de los ministros de Estado, 199 egresaron de la UCH, 66 de la Escuela Militar, 57 de la PUC, 35 de la Escuela Naval, dos de la Universidad de Concepción y uno de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Hay 69 secretarios de Estado respecto de los cuales se carece de información. Un patrón similar de distribución se identifica entre los parlamentarios: 474 fueron alumnos de la UCH, 159 de la PUC, 41 de la Universidad de Concepción, 35 de escuelas normales, 32 de institutos profesionales, 25 de la Escuela Militar, 14 de la Escuela Naval, y el mismo número de la Universidad Católica de Valparaíso y de la Universidad de Santiago de Chile (ex Universidad Técnica del Estado), en cada caso; en tanto, 28 cursaron sus estudios de pregrado en el extranjero. Respecto de 229 parlamentarios se carece de datos fidedignos.

En suma, durante el siglo XX la UCH fue, por lejos, el principal centro de alimentación de la elite política; la PUC, en cambio, fue progresivamente incrementando su participación, mientras que unas pocas universidades de regiones, y muy recientemente algunas universidades privadas sin subsidio fiscal, han entrado también en los márgenes de la competencia por preparar personal para la circulación (reproducción y renovación) de las élites. Cabe conjeturar

que, en el caso de la elite empresarial-corporativa, la UCH lideró la formación de ingenieros industriales, comerciales y de producción en el caso de las empresas estatales, y, desde fines de los años 1960, la PUC lideró en la elite empresarial y gerencias del sector privado. Un fenómeno especial de bifurcación ha tenido lugar en la composición de la elite intelectual y del campo cultural. Aquí, en efecto, la UCH ha primado durante el siglo XX en la formación de los intelectuales públicos del campo laico y la PUC en el campo confesional, con matices diferenciadores interesantes en el caso de diversas disciplinas como la historia, la filosofía, la crítica literaria, el derecho, la sociología y otras ramas de las ciencias sociales. Probablemente también la elite tecnoburocrática ha evolucionado desde un control de este canal formativo por parte de la UCH (Silva, 2010), a una creciente influencia de la PUC y, más recientemente, una incipiente presencia de otras universidades tradicionales y privadas creadas con posterioridad a 1980. En cuanto a la elite social –la del apellido y el buen gusto, los buenos modales y la tradiciones aristocráticas, y del consumo cultural sofisticado–, cuya reproducción ocurre primero que todo en la cuna y el hogar, es probable que a lo largo del siglo XX la hegemonía del canal reproductivo la haya ejercido la PUC, igual como la UCH ejerció un predominio en la formación de las elites profesionales de ingenieros, médicos, abogados y otros oficios hasta la última parte del siglo XX, cuando gradualmente comienzan a agregarse otras instituciones al campo de la formación superior de la elite nacional.

Ampliación del campo formativo de las elites

¿Cuáles podrían ser, potencialmente, esas otras instituciones emergentes en el campo formativo de las elites civiles? Debido a la

falta de datos empíricos estamos forzados a conjeturar, siguiendo el hilo del análisis que venimos desarrollando en este ensayo. Debe tratarse, ante todo, de instituciones con una selectividad académica relativamente alta. Si usamos como patrón de clasificación el puntaje promedio de la PSU, y como umbral de selectividad alta 600 puntos, entonces podemos identificar, aparte de las universidades Católica de Chile y de Chile, 11 universidades adicionales que cumplen este requisito (Gráfico 1).²⁴

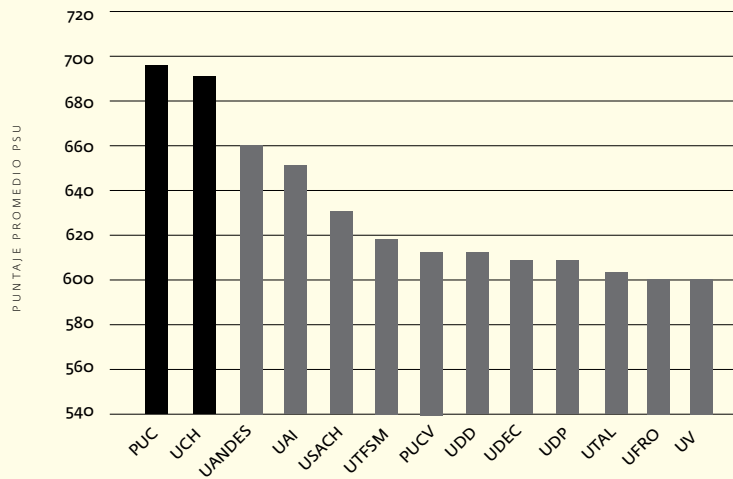
De inmediato, esta lista de universidades con potencial para incorporarse al campo institucional de formación de elites sugiere dos consideraciones.

Primera consideración: el grupo incluye instituciones de los tres tipos jurídicos que coexisten en el sistema chileno: estatales (5), privadas subsidiadas (4) y privadas sin subsidio (5) (Gráfico 2). Cómo la pertenencia a una u otra de estas categorías incide en la posición de las respectivas universidades dentro del campo formativo de las elites es algo que abordaremos un poco más adelante.

Segunda consideración: del total de universidades, junto a las dos líderes del campo, cinco son metropolitanas y seis tienen su sede principal en diferentes regiones del país: tres en la Región de Valparaíso, una en la Región del Maule, una en la Región del Biobío y una en la Región de la Araucanía (Gráfico 3). Debe notarse que algunas de las universidades de regiones poseen sedes en la Región Metropolitana y que un par de universidades asentadas en la capital poseen sedes en regiones. Es posible conjeturar que en un país altamente centralizado como Chile, donde la Región Metropolitana reúne sin contrapeso las principales fuentes del poder –político, económico y cultural–, el emplazamiento geopolítico de las universidades selectivas tiene también una

24. Para este ejercicio se usan los datos de puntuación promedio de los alumnos en la prueba PSU rendida en 2009 y que ingresan a primer año de un programa universitario el año 2010. Más adelante podría hacerse este mismo ejercicio tomando el puntaje promedio, por ejemplo, de los últimos tres años, con el fin de dar mayor estabilidad a los grupos de universidades seleccionadas.

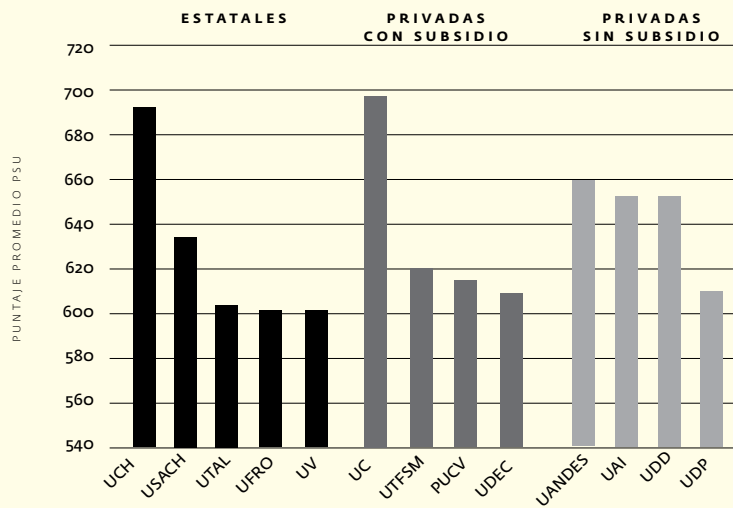
Gráfico 1
Universidades emergentes
en el campo formativo de elites, 2010



PUC: Pontificia Universidad Católica de Chile.
UCH: Universidad de Chile.
UANDES: Universidad de los Andes.
UAI: Universidad Adolfo Ibáñez.
USACH: Universidad de Santiago de Chile.
UTFSM: Universidad Técnica Federico Santa María.
PUCV: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
UDD: Universidad del Desarrollo.
UDEC: Universidad de Concepción.
UDP: Universidad Diego Portales.
UTAL: Universidad de Talca.
UFRO: Universidad de la Frontera.
UV: Universidad de Valparaíso.

Fuente: Elaboración sobre la base de datos SIES, 2011.

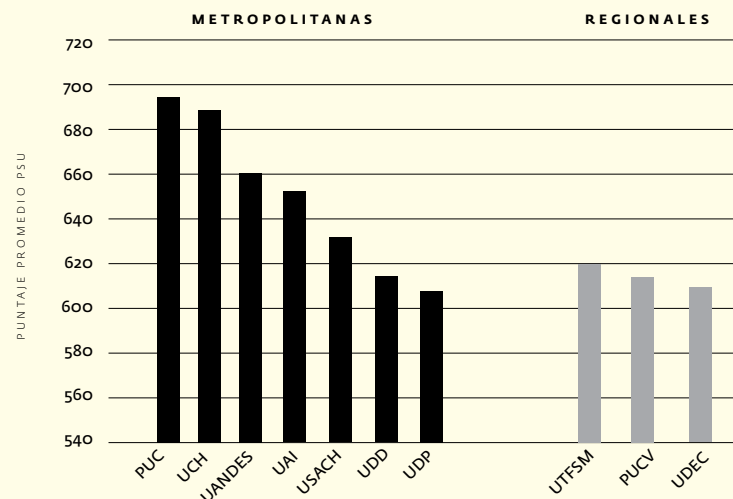
Gráfico 2
Universidades en el campo formativo
de elites según tipo legal y financiamiento, 2010



UCH: Universidad de Chile.
USACH: Universidad Santiago de Chile.
UTAL: Universidad de Talca.
UFRO: Universidad de la Frontera.
UV: Universidad de Valparaíso.
PUC: Pontificia Universidad Católica de Chile.
UTFSM: Universidad Técnica Federico Santa María.
PUCV: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
UDEC: Universidad de Concepción.
UANDES: Universidad de los Andes.
UAI: Universidad Adolfo Ibáñez.
UDD: Universidad del Desarrollo.
UDP: Universidad Diego Portales.

Fuente: Elaboración sobre la base de datos SIES, 2011.

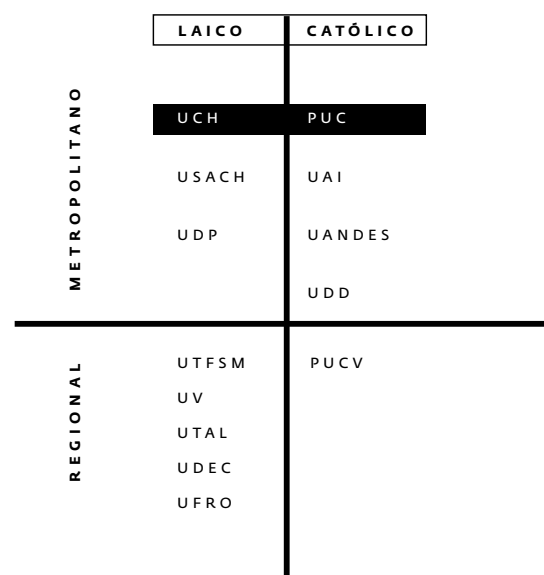
Gráfico 3
Universidades en el campo formativo
de elites según localización, 2010



PUC: Pontificia Universidad Católica de Chile.
UCH: Universidad de Chile.
UANDES: Universidad de los Andes.
UAI: Universidad Adolfo Ibáñez.
USACH: Universidad de Santiago de Chile.
UDD: Universidad del Desarrollo.
UDP: Universidad Diego Portales.
UTFSM: Universidad Técnica Federico Santa María.
PUCV: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
UDEC: Universidad de Concepción.
UTAL: Universidad de Talca.
UFRO: Universidad de la Frontera.
UV: Universidad de Valparaíso.

Fuente: Elaboración sobre la base de datos SIES, 2011.

Diagrama 1
**Emergente campo universitario
 formativo de las elites según su
 ordenación por canales, 2010**



importancia fundamental para su posición en el campo formativo de las elites. En efecto, el *entorno de elites* en que se desenvuelven las universidades metropolitanas aparece a primera vista, cuantitativa y cualitativamente, más favorable que aquel ocupado por las universidades regionales. Merece un estudio aparte la conformación de los propios grupos de elite y sus grados variables de centralización/descentralización, única vía para resolver la cuestión de si las universidades regionales compiten con las metropolitanas por la formación de elites en un campo nacionalmente integrado y centralizado, o bien si acaso ellas ejercen una función independiente en la formación de elites localmente descentralizadas en los distintos ámbitos.

Enseguida cabe conjeturar, y por ende plantear la hipótesis, de que las universidades selectivas que poseen el potencial de incorporarse al campo formativo de las elites estratégicas lo harán bajo la hegemonía de la UCH o la PUC, en los canales laico y católico respectivamente, integrándose a uno de ambos o a la zona de influencia de uno u otro. Así, puede uno imaginar que el canal laico –que, según vimos, es de movilidad competitiva y estatus adquirido, de integración a roles funcionales dentro de una cultura de especialidades, de composición social inconfundiblemente meso y meritocrática, con una fuerte impronta de ideología estatal y concepto de la educación como

bien público– se amplifica con la presencia de la Universidad de Santiago de Chile (USACH) en la Región Metropolitana y de una cadena de universidades estatales de selectividad relativamente alta distribuidas en las ciudades de Valparaíso (UV), Talca (UTAL) y Temuco (UFRO). A este canal se agregan además, dentro de su zona de irradiación, dos universidades privadas subsidiadas por el Estado –las universidades de Concepción (UDEC) y Técnica Federico Santa María (UTFSM)– y la Universidad Diego Portales (UDP), privada sin aporte fiscal directo.

A su turno, el canal católico –de tradición estamental y una cultura orientada hacia la movilidad patrocinada y el estatus adscrito, de integración fundada en la idea de la solidaridad moral y el encuadramiento en un sentido misional de la vida, liderado por la PUC– se amplía en la Región Metropolitana con tres universidades privadas sin subsidio del Estado –las universidades de los Andes (UANDES), Adolfo Ibáñez (UAI) y del Desarrollo (UDD)– y en la Región de Valparaíso con la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV). Los datos de estadística descriptiva y sobre la composición social de este conjunto de universidades –es decir, la trayectoria escolar previa de los estudiantes y la estratificación socioeconómica de sus hogares– se muestran en la tabla acompañada como Apéndice 1.

Puede observarse allí que las universidades del canal laico, que conviene

ahora llamar más ampliamente de composición eminentemente mesocrática, de valoración del pluralismo sociocultural como forma meritocrática de organizar la selección de los elegidos, y de presencia baja de *herederos* en sus cuerpos estudiantiles, se hallan integradas por una mayoría de alumnos provenientes de colegios subvencionados: privados subvencionados en el caso de la USACH, la UFRO, la UV, la UTFSM y la UDEC; municipalizados en el caso de la UTAL, y de una combinación de ambos tipos de colegios en el caso de la UDP. La composición social del alumnado según los tramos de ingreso familiar muestra asimismo un neto predominio de los tramos bajos, con excepción de la UDP, donde predomina un perfil social de los estudiantes más parecido al de la UCH, con predominio de los tramos medio y bajo. Por su lado, se evidencia que el canal católico, que cabría llamar ahora más ampliamente como canal de composición social predominantemente de estratos alto y medio-alto, de valoración del capital cultural o económico o social heredado y de vinculación con el *establishment* a través de una cultura de valores de liderazgo, emprendimiento y el cultivo de un *carácter ejemplar*, se conforma por una mayoría de alumnos de colegios particulares pagados, como sucede en los casos de la UANDES, la UAI y la UDD –las tres instituciones bautizadas por la prensa como de “cota mil”– o, en el caso de la PUCV, por alumnos provenientes de colegios privados subvencionados de “buen nivel” (académico y social). En cuanto a la composición socioeconómica del estudiantado de estas instituciones, en todas –con excepción de la PUCV– predomina un perfil de ingresos alto y medio.

La tabla acompañada como Apéndice 2 ofrece una visión microscópica de las instituciones emergentes en el campo formativo de elites. Muestra los datos pormenorizados para cuatro carreras o

programas considerados cruciales para el reclutamiento de las elites; esto es, ingeniería comercial, derecho, ingeniería civil industrial y medicina. Puede observarse en esta tabla, bajo una luz más intensa, la interacción entre elementos de selección académica y social, así como entre factores de acceso (aranceles) y de destino (ingreso laboral promedio al cuarto año de la titulación). Se reafirma allí la clara hegemonía ejercida por las universidades de Chile y Católica de Chile, y el peso (en capital social, económico y escolar) de algunas de las nuevas universidades emergentes del canal católico. En contraste, pueden percibirse las mayores dificultades que enfrentan algunas de las instituciones del canal laico para posicionarse en el campo formativo de elites, sea por su más baja selectividad académica, su menor capacidad de reclutamiento de estudiantes provenientes del circuito de colegios pagados, y una inserción más débil de los graduados en el mercado laboral.

Este mapa inicial del campo formativo necesitará ser perfeccionado y corregido más adelante, cuando se cuente con información de base de mejor calidad, y debería enriquecerse con estudios de caso que exhiban con mayor precisión la posición ocupada por cada institución considerada individualmente en su respectivo canal.

Es probable que, de llevarse a cabo esos estudios de una manera sistemática, se pueda identificar con mayor precisión, por ejemplo, el rol desempeñado por los graduados de la UAI en relación con la elite empresarial-corporativa, y la función que juega en ese vínculo un currículo que mezcla una visión católico-conservadora de las humanidades y de la filosofía con una aproximación que enfatiza el papel autónomo y autorregulado de los mercados. O bien el papel que está jugando, o busca jugar, la UANDES como “intelectual orgánico” del segmento profesional

moderno-conservador de la cultura católica y su énfasis en la formación del carácter como rasgo de distinción de estatus, según analiza Thumala (2011). O bien el carácter distintivo de la formación ofrecida por la UDD, que se propone combinar elementos de adhesión a los valores del humanismo cristiano por un lado y de una “sociedad de personas libres” por el otro, con mayor énfasis, se diría, en el emprendimiento que en la trascendencia. Tareas de igual envergadura están pendientes en el caso del canal laico, mesocrático, de celebración del mérito y el pluralismo, con sus vertientes metropolitana y regional, de universidades estatales, privadas subsidiadas y sin subsidio, tradicionales y nuevas. Para este grupo de instituciones tienen especial importancia algunas cuestiones de orden más general en la sociedad chilena. Por ejemplo, la forma que adopte la recomposición y renovación de la ideología de lo público al cambiar la infraestructura de relaciones entre la economía privada y la burocracia estatal, entre el mercado y la política, y entre el rol de los académicos en la deliberación pública y las tendencias hacia el corporativismo de los “mandarines” –esto es, la elite de la academia-. O bien, el alcance y los límites que en el futuro adquieran la movilidad concursada o competitiva y la medida en que la elite chilena esté dispuesta a validar el reclutamiento meritocrático de nuevos miembros desde sectores mesocráticos. Tercero, el desarrollo de las dinámicas de centralización y descentralización a nivel nacional y, en particular, la efectiva conformación (o no) de centros de poder regionales y, con ello, el surgimiento de campos formativos autónomos para las elites regionales.

Conclusión

En suma, puede estimarse que en el futuro las universidades relativamente más selectivas verán ampliarse las oportunidades para jugar un rol más

significativo –aunque siempre marginal– en el campo formativo de elites, a medida que los canales existentes para este propósito se diversifiquen y que continúe disminuyendo el peso de los factores tradicionales. Cuánto pueda alterarse la hegemonía de las dos universidades líderes en este campo es algo difícil de predecir, pero la experiencia muestra –y la literatura explica– que las posiciones más altas y prestigiadas en la cúpula del sistema universitario tienden a reproducirse en olas largas (Brunner, 2006). Y esto vale no sólo respecto de la capacidad que poseen las universidades allí ubicadas para atraer a los estudiantes de mejor rendimiento, los profesores e investigadores de mayor prestigio y los principales flujos de recursos públicos y privados, sino también para reclutar a los *herederos* y a los contendientes con los méritos necesarios para competir por los certificados de mayor prestigio y que poseen las mejores posibilidades de abrir las puertas hacia las posiciones de elite más apetecidas.

Por ahora puede concluirse que las dos universidades metropolitanas más antiguas, más selectivas y más reputadas comparten –y al mismo tiempo compiten por– la hegemonía dentro del campo formativo de las elites chilenas. Cada una articula un canal distintivo, caracterizado por modalidades culturales propias de socialización de las nuevas generaciones desde donde emergerán los futuros miembros de la elite en sus diversos ámbitos.

Hacia el interior de las instituciones hegemónicas, los respectivos canales se componen de una combinación variable de *herederos* o sucesores “naturales” de las elites establecidas y de nuevos contendientes que buscan su expansión y renovación. La mayoría de ellos se concentra en unos pocos programas de estudio o carreras desde donde se recluta el personal de las elites. Verticalmente, dentro de cada uno de los dos canales principales, las universidades

que ocupan las posiciones incumbentes buscan mantener –y en lo posible ensanchar– la brecha que las separa de las instituciones que aparecen como contendientes dentro del campo formativo. Marcan su diferencia respecto de ellas en términos de tradición, prestigio, calidad percibida, reputación institucional, complejidad organizacional, selectividad de sus procesos de admisión de nuevos alumnos, visibilidad de sus académicos, vínculos con la sociedad, diversidad y poder de los respectivos *stakeholders*, apoyo prestado por éstos, posición de sus *graduati* en el mercado ocupacional y en el espectro estamental, volumen y solidez del financiamiento de las instituciones, grados de internacionalización, lugar ocupado en los rankings nacionales, regionales y globales.

Al mismo tiempo, las instituciones hegemónicas y emergentes necesitan relacionarse verticalmente con la masa del sistema de educación superior, conformada por el resto de las instituciones y los estudiantes no incluidos dentro del campo formativo de las elites. Juegan respecto de unas y otros el papel que los intelectuales hegemónicos en su campo desempeñan respecto de los intelectuales subordinados, secundarios o mediadores que actúan como vínculos entre esa alta intelectualidad, la de los mandarines, con respecto al pueblo o elemento masivo de la sociedad. Es decir, las instituciones hegemónicas forman a los formadores masivos, les proporcionan los contenidos y métodos para su acción pedagógica y certifican sus competencias a través de las credenciales socialmente más valoradas.

Hacia fuera, las instituciones hegemónicas del campo se articulan horizontalmente, de diferentes y peculiares maneras, con las distintas elites de la sociedad, con las cuales establecen relaciones de intercambio de variable intensidad. Se trata de relaciones de

intercambio que corren, en una dirección, como flujos de provisión y reclutamiento de personal de elite adecuadamente educado en los rasgos de carácter, conocimientos, competencias y destrezas valoradas por el grupo, y, en dirección contraria, como flujos de provisión y obtención de recursos de todo tipo que las instituciones necesitan para mantener su posición de incumbentes en el campo formativo de las elites y desarrollar las acciones propias de esa posición. De primera importancia son aquí –igual como en el origen medieval de las universidades– sus relaciones con el poder político y el poder espiritual, esto es, el Estado y la Iglesia católica, a los cuales se agregan ahora las relaciones con el poder del mercado, esto es, con el sector productivo y filantrópico privado y con el poder de los medios de comunicación, que juegan una función importante en la construcción y transmisión de imágenes institucionales.

Verticalmente, hacia fuera, las instituciones buscan vincularse con la masa entendida como opinión pública, cuyo reconocimiento y confianza (así no sea como asentimiento o conformidad pasiva) requieren para dotar de un amplio sustrato social a su reputación en la sociedad (valioso también para el reconocimiento del carisma específico del personal de elite que emerge de sus aulas). Parte de las operaciones publicitarias de las universidades (de elite) en el mercado encuentran aquí su explicación, no pudiendo reducirse –como suelen imaginar algunos críticos– a un mero fenómeno de comercialización o de “capitalismo académico”. En efecto, en una dimensión propia de la sociedad de masas (y sus tejidos de poder), la publicidad de la “alta cultura” y sus instituciones constituye una operación de construcción simbólica de legitimidad social para sus funciones de selección, socialización y reproducción de elites, y del vínculo de éstas con las masas. Lo mismo

cabe decir de las cada vez más sofisticadas operaciones de comunicación y relacionamiento público de las universidades con su entorno y principales *stakeholders*, que hoy –en las sociedades capitalistas democráticas– forman parte esencial de esa construcción simbólica de legitimidad institucional, imprescindible para el cumplimiento de la crucial función formativa de elites bajo el principio meritocrático.

El autor agradece a Carlos Catalán, Carlos Peña, José Miguel Salazar y Patricio Silva sus comentarios.

Apéndice 1

**Universidades consolidadas y emergentes
en el campo formativo de la elite chilena:
estadísticas institucionales, 2010**

Institución	Año fundación	Matrícula total de pregrado 2010	Alumnos matriculados en 1er año 2010	Puntaje PSU promedio en matrícula nueva 2010	Matrícula nueva según origen escolar			Composición socioeconómica de la matrícula total ¹			Graduados anual promedio 2007-2009	Reputación según lugar en Tabla de Posiciones del Ranking Qué Pasa 2010
					Matrícula nueva 2010 con origen en colegios privados pagados	Matrícula nueva 2010 con origen en colegios privados subvencionados	Matrícula nueva 2010 con origen en colegios municipales	Tramos de ingreso alto	Tramos de ingreso medio	Tramos de ingreso bajo		
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
PUC	1888	22.031	4.604	697	66,1%	21,3%	12,5%	30%	33%	38%	2.731	1
UCH	1842	26.261	5.107	691	37,4%	34,5%	28,1%	16%	26%	58%	2.837	2
UANDES	1990	5.325	1.299	660	91,0%	6,4%	2,6%	44%	40%	16%	471	13
UAI	1989	6.579	1.539	653	87,9%	9,6%	2,5%	43%	38%	18%	590	4
USACH	1849	19.259	3.562	633	11,1%	57,3%	31,6%	6%	18%	76%	2.491	5
UTFSM	1931	16.632	4.536	620	25,9%	51,3%	22,8%	12%	21%	67%	1.580	3
PUCV	1928	13.302	3.118	614	23,7%	56,1%	20,2%	9%	19%	72%	1.393	7
UDD	1990	10.803	2.811	614	73,4%	20,9%	5,7%	36%	35%	30%	924	10
UDEC	1919	23.632	5.056	610	14,8%	47,2%	38,0%	6%	16%	79%	2.380	6
UDP	1982	12.223	2.802	609	49,7%	37,5%	12,8%	22%	31%	47%	1.370	8
UTAL	1981	7.393	1.309	604	8,8%	44,4%	46,8%	4%	12%	84%	655	15
UFRO	1981	7.988	1.977	602	6,1%	57,4%	36,6%	4%	15%	81%	1.172	23
UV	1981	15.210	3.130	602	15,7%	59,4%	24,9%	5%	16%	79%	1.308	11

Universidades ordenadas de mayor a menor puntaje PSU promedio en la matrícula total de pregrado del año 2010. Se incluye solamente a las universidades con un puntaje promedio reportado superior a 600 puntos.

PUC: Pontificia Universidad Católica de Chile. UCH: Universidad de Chile. UANDES: Universidad de los Andes. UAI: Universidad Adolfo Ibáñez. USACH: Universidad de Santiago de Chile. UTFSM: Universidad Técnica Federico Santa María. PUCV: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. UDD: Universidad del Desarrollo. UDEC: Universidad de Concepción. UDP: Universidad Diego Portales. UTAL: Universidad de Talca. UFRO: Universidad de la Frontera. UV: Universidad de Valparaíso.

Fuente: Mineduc, Sistema de Información de la Educación Superior (columnas 1, 3, 5, 6, 7). Revista *América Economía*, 66, octubre de 2011, sobre la base de Índices 2011 (columnas 2, 4). Aequalis, sobre la base de información DEMRE para tramos de ingreso familiar bruto declarado por los estudiantes que rinden la PSU de 2002 a 2010 y que aparecen en la matrícula total de las universidades seleccionadas del año 2010 provista por Mineduc (columnas 8, 9, 10). Consejo Nacional de Educación, Índices, Base Histórica de Pregrado, 2005-2011 (columna 11). Revista *Qué Pasa*, 3 de diciembre de 2010 (columna 12).

Apéndice 2

Programas (CINE 5A) seleccionados: valor anual de los aranceles (en pesos); nivel de selectividad (medido por el puntaje de corte PSU del último seleccionado); composición del alumnado por origen escolar e ingreso promedio al cuarto año de titulación, 2011.

	Ingeniería comercial				Derecho				Ingeniería civil industrial (1)				Medicina (2)	
	Valor arancel anual (\$)	Puntaje de corte	% alumnos colegios subvencs.	Ingreso promedio al 4º año titulación	Valor arancel anual (\$)	Puntaje de corte	% alumnos colegios subvencs.	Ingreso promedio al 4º año titulación	Valor arancel anual (\$)	Puntaje de corte	% alumnos colegios subvencs.	Ingreso promedio al 4º año titulación	Valor arancel anual (\$)	Puntaje de corte
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14
PUC	4.470.000	744	7,1	A	3.930.000	697	18,9	B	4.810.000	760	18,8	B	5.020.000	788
UCH	3.762.000	716	35,4	B	3.215.000	698	57,4	A	3	728	46,4	B	4.138.000	775
UANDES	3.861.999	631	3,2	B	361.999	614	na	na	3.861.999	620	4,9	A	5.363.888	745
UAI (RM)	4.076.565	650	10,2	B	3.647.444	591	na	na	3.861.999	600	18,0	C	na	na
UAI (V)	3.647.444	581		B	3.218.333	561	na	na	3.432.868	600		C	na	na
USACH (3)	3.118.570	657	87,4	D	na	na	na	na	3.180.570	640	82,8	D	3.312.190	763
UTFSM (V)	3.400.000	645	65,5	C	na	na	na	na	3.400.000	661	50,8	C	na	na
UTFSM (RM)	3.400.000	663		C	na	na	na	na	3.400.000	662		C	na	na
PUCV	3.119.000	633	69,1	D	3.119.000	644	65,2	C	3.119.000	633	59,8	D	na	na
UDD (RM)	4.307.000	621	14,5	C	4.174.000	585	27,9	C	4.307.000	601	21,1	D	5.705.000	741
UDD (VIII)	3.461.000	550		C	3.230.000	504		C	3.461.000	601		D	na	na
UDEC	2.767.000	520	84,8	D	2.716.000	594	79,0	A	2.767.000	682	64,1	D	4.268.000	748
UDP	3.500.000	608	39,6	D	3.636.354	635	36,5	C	3.500.000	580	49,7	D	5.318.182	705
UTAL	2.329.000	589	88,5	E	2.475.000	624	88,9	C	2.621.000	604	90,7	E	4.291.000	741
UFRO	2.360.000	566	92,7	E	na	na	na	na	2.165.000	570	87,8	E	3.883.000	726
UV (V)	2.150.000	598	88,1	D	2.315.000	632	76,6	C	2.350.000	570	na	na	3.805.000	728
UV (RM)	2.160.000	585		D	na	na		C	2.330.000	576	na	na	na	na

(1): Incluye plan común de ingeniería.

(2): Sin información sobre trayectoria escolar de alumnos e ingreso de graduados al cuarto año de titulación.

(3): En esta universidad, ingeniería civil industrial se refiere a ingeniería civil informática.

na: no aplica. (V): Quinta Región. (VIII): Octava Región. (RM): Región Metropolitana.

Fuente: CNED, Índices 2012 (columnas 1, 2, 5, 6, 9, 10, 13, 14). Mineduc, Mi Futuro (columnas 3, 4, 7, 8, 11, 12).

Referencias

- Aguilar, O. (2011). "Dinero, educación y moral: el cierre social de la elite tradicional chilena", en Joignant, A., y Güell, P. (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 203-240.
- Aguilera, C., y Fuentes, C. (2011). "Elites y asesoría experta en Chile: comisiones y políticas públicas en el gobierno Bachelet", en Joignant, A., y Güell, P. (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 127-151.
- Bernasconi, A. (2011). "Private and Public Pathways to World-Class Research Universities: The Case of Chile", en Altbach, P. G., y Salmi, J. (eds.), *The Road to Academic Excellence. The Making of World-Class Research Universities*, Washington, D. C.: The World Bank, 229-260. Disponible en <http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/TOPICS/EXTEDUCATION/0,,contentMDK:23015722~pagePK:210058~piPK:210062~theSitePK:282386,00.html> (visitado el 27 de noviembre de 2011).
- Bourdieu, P. (2003). *La distinción*, Bogotá: Taurus.
- Bourdieu, P. (1996). *The State Nobility*, Stanford: Stanford University Press.
- Bourdieu, P., y Passeron, J. C. (2009). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, P., y Passeron, J. C. (1977). *Reproduction in Education, Society and Culture*, Londres: Sage Publications.
- Brennan, J., y Naidoo, R. (2008). "Higher Education and the Achievement (and/or prevention) of Equity and Social Justice", *Higher Education*, 56, 3, 287-302.
- Brunner, J. J. (2011). "Educación y crecimiento: las dos agendas y sus desafíos", en Bárcena, A., y Serra, N. (eds.), *Educación, desarrollo y ciudadanía en América Latina. Propuestas para el debate*, Barcelona: CEPAL, Secretaría General Iberoamericana, CIDOB, 39-89.
- Brunner, J. J. (1985). "La Universidad Católica de Chile y la cultura nacional en los años 60. El tradicionalismo católico y el movimiento estudiantil", en Brunner, J. J., y Catalán, G., *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*, Santiago de Chile: Flacso, 261-411.
- Brunner, J. J. (2006). "Mercados universitarios: ideas, instrumentaciones y seis tesis en conclusión". Universidad Adolfo Ibáñez, documento de trabajo, 99. Disponible en http://mt.educarchile.cl/mt/jjbrunner/archives/2006/03/mercados_univer.html (visitado el 14 de noviembre de 2011).
- Camp, R. (2002). *Mexico's Mandarins. Crafting a Power Elite for the Twenty-First Century*, Berkeley: University of California Press.
- Charle, C. (1990). *El nacimiento de los "intelectuales"*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Contreras, M. A., Corbalán, F., y Redondo, J. (2007). "Cuando la suerte está echada: estudio cuantitativo de los factores asociados al rendimiento en la PSU", Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Disponible en www.rinace.net/arts/vol5num5e/art35.htm (visitado el 21 de noviembre de 2011).
- Delamaza, G. (2011). "Elitismo democrático, líderes civiles y tecnopolítica en la reconfiguración de las elites políticas", en Joignant, A., y Güell, P. (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 77-108.
- Espinoza, V. (2010). "Redes de poder y sociabilidad en la elite política chilena. Los parlamentarios 1990-2005", *Revista Polis*, 26. Disponible en www.revistapolis.cl/26/art12.htm (visitado el 15 de noviembre de 2011).
- Gazmuri, C. (2001). "Notas sobre las elites chilenas, 1930-1999", Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, documento de trabajo 3, 18.
- Hartmann, M. (2007). *The Sociology of Elites*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Índices (2012). "Base histórica Índices de pregrado (2005-2011). Disponible en www.cned.cl/public/Secciones/SeccionIndicesEstadisticas/indices_estadisticas_db_historico_downloadv2.aspx (visitado el 18 de noviembre de 2011).
- Janin, H. (2008). *The University in Medieval Life, 1179-1499*, Jefferson y Londres: McFarland & Company Inc. Publishers.
- Jarausch, K. H. (2004). "Graduation and Careers", en Rüegg, W. (ed.), *A History of the University in Europe*, vol. III: *University in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries (1800-1945)*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Joignant, A. (2011). "Tecnócratas, technopols y dirigentes de partidos: tipos de agentes y especies de capital en las elites gubernamentales de la Concertación (1990-2010)", en Joignant, A., y Güell, P. (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*,

- Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 49-76.
- Karabel, J. (2005). *The Chosen*, Boston: Houghton Mifflin Company.
- Keller, S. (1963). *Beyond the Ruling Class. Strategic Elites in Modern Society*, Nueva York: Random House.
- Le Goff, J. (1986). *Los intelectuales en la Edad Media*, Barcelona: Gedisa.
- Meyer, J. W., Ramirez, O., Frank, D. J., y Schofer, E. (2006). "Higher Education as an Institution", CDDRL working papers, 58. Disponible en http://cddrl.stanford.edu/publications/higher_education_as_an_institution (visitado el 16 de noviembre de 2011).
- Moraw, P. (1992). "Careers of Graduates", en Ridder-Symoens, H. (ed.), *A History of the University in Europe*, vol. I: *University in the Middle Ages*, Cambridge: Cambridge University Press, 244-279.
- OECD (2011). *Education at a Glance, 2011*, París: Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo.
- Ono, H. (2000). "Training the Nation's Elite. National-Private Sector Differences in Japanese University Education", The European Institute of Japanese Studies, working paper, 96. Disponible en swopec.hhs.se/eijswp/papers/eijswp0096.pdf (visitado el 17 de noviembre de 2011).
- Perkin, H. (2006). *The Rise of Professional Society. England Since 1880*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Perkin, H. (1996). *The Third Revolution. Professional Elites in the Modern World*, Londres y Nueva York: Routledge.
- PNUD (2004). *Desarrollo humano en Chile. El poder: ¿para qué y para quién?*, Santiago de Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Rolando, R., Salamanca, J., y Rubilar, J. I. (2010). "Duración real de las carreras y/o programas. Descripción y análisis de la cohorte de titulados y/o graduados 2007", SIES, 38. Disponible en www.mineduc.cl/usuarios/sies/File/ESTUDIOS/ESTUDIOSSIES/Duracion-Real-de-los-Programas.pdf (visitado el 18 de noviembre de 2011).
- Reich, R. (1992). *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism*, Nueva York: Vintage Books Edition.
- Rüegg, W. (1992). "Themes", en Ridder-Symoens, H. (ed.), *A History of the University in Europe*, vol. I: *University in the Middle Ages*, Cambridge: Cambridge University Press, 3-34.
- Santa Cruz, L., y Guzmán, E. (2008). "Nosotros somos la elite", *Revista Universitaria*, Pontificia Universidad Católica de Chile, 99, 32-39.
- Serrano, S. (1994). *Universidad y Nación. Chile en el Siglo XIX*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Schwinges, R. C. (1992). "Student Education, Student Life", en Ridder-Symoens, H. (ed.), *A History of the University in Europe*, vol. I: *University in the Middle Ages*, Cambridge: Cambridge University Press, 195-243.
- Silva, P. (2011). "La elite tecnocrática en la era de la Concertación", en Joignant, A., y Güell, P. (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 241-269.
- Silva, P. (2010). *En el nombre de la razón. Tecnócratas y políticos en Chile*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Thumala, M. A. (2011). "Distinción de base religiosa en la elite económica chilena: algunas limitaciones en el enfoque de Bourdieu", en Joignant, A., y Güell, P. (eds.), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 185-202.
- Trow, M. (2010). *Martin Trow. Twentieth-Century Higher Education. Elite to Mass to Universal*, M. Burrage (ed.), Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Turner, R. H. (1971). "Modes of Social Ascent through Education: Sponsored and Contest Mobility", en Halsey, A. H., Floud, J., y Andreson, C. A. (eds.), *Education, Economy, and Society*, Londres: Collier-MacMillan Limited, 121-139.
- Verger, J. (1999). *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid: Editorial Complutense.
- Vial, G. (1981). *Historia de Chile (1891-1973)*, vol. I, Santiago de Chile: Editorial Santillana.
- Wacquant, L. (2005). *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática*, Barcelona: Gedisa Editorial.
- Weber, M. (1978). *Economy and Society*, G. Roth y C. Wittich (eds.), Berkeley: University of California Press.
- Williams, G., y Filippakou, O. (2010). "Higher Education and UK Elite Formation in the Twentieth Century", *Higher Education*, 59, 1-20, DOI 10.1007/s10734-0099229-6.
- Winston, G. C. (2000). "The Position Alarms Race in Higher Education, Williams Project on the Economics of Higher Education", discussion paper, 54. Disponible en net.educause.edu/ir/library/pdf/ffp0103s.pdf (visitado el 15 de noviembre de 2011).